Número suelto ($5) CINCO PESOS. Suscripción mensual, $20

LA ACTUALIDAD

GUATEMALA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

MARROQUIN HNOS. EDITORES


Las amarguras de la vida.
Desde los principios de la Creación, el dolor ha sido el patrimonio de la mujer. A causa de los sufrimientos que le son peculiares, su delicado sistema nervioso está sometido a una violenta tensión y a un extraordinario desgaste. De ahí que los dolores de cabeza, la irritabilidad, el malestar general y el decaimiento físico sean tan comunes entre las damas.
Estas dolencias suelen presentarse con más frecuencia e intensidad durante los días en que se efectúa el proceso fisiológico mensual. Entonces la vida se convierte para la mujer en una verdadera tortura, sobre todo si además de sufrir ta es trastornos, se vé atacada por los cólicos que tan frecuentes son en esa época.
Por fortuna, la ciencia moderna ha logrado hallar un remedio realmente seguro para las dolencias femeninas. Ese remedio son las TABLETAS BAYER DE ASPIRINA Y CAFEINA (tubo con etiqueta roja.)
Todas las damas deben tenerlas siempre a su alcance, porque alivian rápida y completamente los dolores de cabeza, la depresión física, la nerviosidad, etc., y porque son el remedio ideal para combatir los trastornos que acompañan la proceso fisiológico mensual. Dos o tres tabletas, tres veces al día, durante tal período, alivian los cólicos, evitan el malestar y regularizan la circulación
BAYER
BAYER

"LA ACTUALIDAD"

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

No. 263. Guatemala, 3 de enero de 1920. Año VIII



NOTAS EDITORIALES



Los editores y redactores de

"LA ACTUALIDAD"

saludan a sus favorecedores, deseándoles muy feliz año de 1920.

Las bromas de antaño

El fin del año anterior y el principio del siguente, eran épocas de bromas y chistes más o menos ocurrentes en la antigua Capital del reyno de Guatemala, de donde heredó esa costumbre la gente de la nueva Guatemala. Hasta hace pocos años, nuestros sencillos abuelos y nuestros padres, solían ocupar sus ratos de ócio, en jugarse pasadas chistosas, de ninguna trascendencia, pero en las que se revelaba un espíritu ocurrente, y sutil de muy buen gusto entre la gente culta, que degeneraba en burla pesada a veces entre el pueblo.

La broma comenzaba desde el 1º de Noviembre con los **fiambres** y **cabeceras**, que se remitían de obsequio. Quien enviaba un fiambre tan picante que no se podía comer, quien ponía chiles de trapo, o mandaba las cabeceras con cuartetos intencionadísimos, a manera de las **bombas** usadas en las fiestas íntimas. Era seguro que el saetazo obtenía una contestación acomodada que hacía reír a mandídula batiente. Algunas hubo tan fámosas, que se repetían de boca en boca y han llegado hasta nosotros, como las de Doña Pepita García Granados y las de Pepe Batres.

La fiesta de Guadalupe se prestaba a donosas puyas. Inditos que llevaban cacaxtes con calabazas para..... algún conocido galán que poco antes las había recibido de hermosa dama; alusiones personales en la pintura de los chicos o loas en que algún personaje resultaba con salidas de tono.

Pero donde mayor era el derroche de buen humor era en el día de los **Inocentes**. Todos procuraban pegársela recíprocamente; y era de ver como se aguzaba el ingenio para inventar tretas y jugarretas. Las jóvenes torturaban sus imaginaciones para ensayar chistes, obsequiando copas de vino, que contenían esencia de café, o cigarros con punta llena de pólvora, que estallaba al quererse encender en los braceros de las salas; cierta señora de su casa, regalaba tamales de ceniza, muy bien aderezados o buñuelos de algodón, nadando en apetitoso caldo de miel blanca, que los famélicos niños comían sin malicia; o torrejas de cuero,

muy bien envueltas en huevo. Hubo chistoso desocupado y muy bien conocido por la agudeza de sus embustes, que mandó en cierta ocasión chiles rellenos, que eran.... ratoncitos muertos!

El dia de los Reyes, variaba la broma, y las gentes acomodadas, se obsequiaban verdaderos regalos regios, siempre con algún chiste.

Los tiempos han cambiado. Ya no tenemos tiempo de pensar en esas inocentes distracciones, porque la vida se ha vuelto muy veloz; el tiempo es oro para nosotros, solo que nunca lo conseguimos porque es señor que o no se deja ver la cara o corre más que un auto de velocidad máxima, y no lo alcanzamos jamás.

No nos queda más que el recuerdo de lo que tradicionalmente era Guatemala. Y si alguien no se ocupa en la descripción de cuadros de costumbres regionales, ni aun eso les quedará a nuestros hijos.

¡Oh, el tiempo pasado, exclamó Horacio, oh, la felicidad perdida, que se fue con nuestra juventud!

X. Y. Z.

Mortal amenaza

La prensa local se ha hecho eco de un suceso grave. Un joven de diez y ocho o veinte años de edad a quien un estudiante de medicina puso inconsultamente una inyección del 914, de cuyas funestas consecuencias ese apreciable joven cayó en tal estado de gravedad y con complicaciones tan lamentables, que está agónico en estos momentos y posiblememente no salva la vida.

Fuimos de los primeros en conocer el caso, hace un poco más de dos meses, y aunque nos reservábamos hablar de este triste suceso, nos habíamos abstenido esperando el desenlace y datos más concretos. Pero ahora que lo acontecido se ha hecho público, creemos de nuestro deber asociarnos al clamor general comentando los hechos.

Conocemos al joven paciente desde su niñez, pues si no estamos mal informados, es hijo de un apreciabilisimo talabartero fallecido trágicamente hace años. Conocemos así mismo al practicante de medicina, por cierto, muy honorable y estudioso joven, de conducta intachable, pero según se nos dice, de escaso talento para los estudios, lo que indudablemente no es una mancha que deshonre, pues, ciertos dones los dá la naturaleza sin que los hombres intervengamos en ello para nada. Lo único que puede avergonzar a un individuo, es el vicio que adquiere por su propio relajamiento, y la falta de dignidad que lo hace empequeñecerse. El talento nace con el hombre, como con el pájaro nace la facultad de trinar.

Salta a la vista que en el apreciable estudiante, no reside malicia ni intención dañada, y si en este caso causó un mal grave e irreparable, debe atribuirse a la circunstancia apuntada. Esto, naturalmente no es una excusa jurídica, pero es una explicación, que como de la mano nos trae a una serie de consideraciones un poco amargas pero atinadas y justas.

El que no tiene aptitudes para determinadas especulaciones científicas, no debe pretender hacer

carrera profesional, porque sería una medianía que vendrá a aumentar el montón y que lo expondrá siempre a cometer torpezas, cuando no delitos. Por la ignorancia proveniente de las pocas aptitudes, cuántos profesiones cometen errores lamentables!

Decírselos francamente a esa clase de escolares será, si se quiere, una crudeza amarga, pero necesaria; y el consejo de dejar los estudios y dedicarse a cosa que puedan entender mejor, será siempre un consejo útil y hasta humano en alto grado.

Recuérdese que esa clase de apreciabilísimos aspirantes, casi siempre son muy serios, estudiosos, atentos y educados, pero........ recuérdese también lo que decían los escolásticos: **"Qui natura non dat, Salamanca non prestat"**; y es cierto, porque pueden envejecer sobre los libros sin aprender nunca nada. Hay ciertos conocimientos humanos que sólo son para los privilegiados de la naturaleza. El que nació sin oído músico o sin perpectiva pictórica, será un rasca-tripas o un pinta-monos, pero jamás un músico o un pintor. El **ojo médico**, sólo lo trae consigo el individuo.

El primer cuidado del escolar, pues, debe ser el de conocerse a sí mismo; y si su obcecación le lleva a presumir más de lo que es, los padres y los maestros son los llamados a desengañar a los que por desgracia la suerte les negó facilidades para el estudio.

Entra por mucho en esta serie de errores, la natural y hasta noble ambición del padre, de querer que su hijo se eleve un poco más sobre el nivel social que él ocupa, pero esto casi siempre es nocivo. Todas las actividades humanas, son honrosas y dignas cuando se ejercen con honradez y sin miras bastardas.

Recordamos que el maestro belga Mr. León Connerotte, no tan apreciado en Guatemala como se lo merecía, preconizaba frecuentemente seguir el precepto socrático muy llevado y traído pero no observado, que dice: **noscete ipsum**; y en sus frecuentes indagatorias a maestros y alumnos, al descubrir un pobre porfiado, lleno de dulzura, pero también lleno de atinados razonamientos, le aconsejaba buscar otros horizontes, iluminándole la gran verdad de que no sólo en las ciencias o en las letras se puede servir bien a la patria, y que se puede llegar a ser talvez más útil en otros ejercicios.

En algunas naciones, cada Director de Establecimiento de instrucción pública, rinde un informe imparcial de aptitudes, y esa nota sirve como de pase para las facultades. Algo de eso debiera haber entre nosotros para disminuir o acabar con las medianías perjudiciales.

Parte de culpa la llevan también las ternas examinadoras complacientes. Aprobar a un examinando por lástima, o de puro fastidio de verlo año con año presentarse a examen, es un crimen. Si en este mundo a cada infracción siguiese inmediata y prontamente el correctivo, cuántos habrían venido como rayos para algunos examinadores!

Lo peor en este caso, es que, en otras carreras, una torpeza compromete un capital o una posición, pero en la medicina es la vida, por lo que debe exigirse regulares aptitudes, buena preparación científica y amor al estudio.

Ojalá se pusiera un verdadero remedio para que no se repitan casos tan lamentables, como este a que se ha referido la prensa.

L.

Un Centro de enseñanza más

"Un foco más de verdades, —dijo el gran repúblico norte-americano Lincoln, en una ocasión y refiriéndose a los clubs anti-esclavistas—, es una grada más que se sube al ideal de perfección humana."

La frase podemos aplicarla con igual o mayor verdad a la instrucción pública. Un foco más de instrucción, es un semillero más de verdades que disipa las tineblas. Y, si ese foco no sólo se propone instruir, sino educar también, su instalación es un acontecimiento que es de celebrarse porque el resultado natural es el progreso de la patria y el adelanto de las masas.

Pestalozzi solía decir que una escuela que se abriera cerraba una cárcel, y aunque hasta ahora, no se ha logrado llegar a confirmar en toda su extensión tan idealista premisa, no cabe duda que aleja a los individuos de estos antros, para moverlos en esferas más elevadas y dignas, porque el hombre instruído y educado en sanos principios, tiene el alma elevada y rara vez llega al crimen. Ciertos descensos no cuadran con las disciplinas científicas, de suyo severas y moralizadoras.

Nos inspira las anteriores consideraciones, la grata noticia que ha circulado en el público, de que el antiguo y ameritado profesor de matemáticas y compañero nuestro de labores en otra época, en ambos institutos y en varios colegios privados, Don Bernardino García, abrirá para este año de 1920 que comienza, un colegio privado, y lo denominará **"Colegio San Carlos"**.

Modesto el Señor García, pero verdadero maestro por su vocación y por los conocimientos que atesora y la práctica escolar que tiene, no cabe duda que el nuevo establecimiento viene a llenar un vacío y a prestar muchas facilidades a los padres de familia, quienes pueden confiarle por entero a sus hijos, seguros de que el Señor García cuidará de ellos, para que a la vez que reciban la instrucción que ha de hacer luz en sus cerebros, se apropien los pequeños educandos de ese cúmulo de principios que dignifican al hombre y le hacen ser verdadero elemento útil y sano en sociedad.

Todo lo ofrecido por el Señor García promete un plantel de primer orden. Cuenta con todos los útiles necesarios para que los educandos no carezcan de ningún elemento instructivo, como textos modernos, mapas, esferas, muestrarios jardines escolares, etc., y ha seleccionado su cuerpo de profesores, escogiéndolos entre los más competentes. Para llegar a este fin, ha tenido que elevar los sueldos de cada profesor de tal modo que su colegio los paga mejores que otros establecimientos similares, y esto es un aliciente para el maestro, que trabaja con más gusto y ve así recompensadas sus labores.

Entre los colegios privados, es el primero que establece las útiles y muy prácticas clases de Taquigrafía y Catilografía, servidas ambas por personas peritas en esas materias.

Lugar preferente ha señalado a dos puntos de vista indispensables, el desarrollo físico y la educación moral.

Para lo primero, cuenta un departamento de gimnasia, progresivo y completo, de acuerdo con las tendencias modernas, pues es indudable, que como reza el conocido probervio: **mens sana in corpore sano**, tiene aplicación inmediata y provechosa para centros escolares.

Para lo segundo, ha colocado obligatoriamente la clase de moral y urbanidad, con ejemplos y aplicaciones prácticas. Y nos debemos felicitar los padres de familia si a este intento le dá gran preferencia, pues, sabida es la deficiencia actual de la moral, y los graves gravísimos perjuicios que causa y las fatales consecuencias en todos los órdenes de ideas, que a las sociedades y a los individuos trae la falta de educación moral.

Base indispensable de trabajo es el local, que es amplio, cómodo, arreglado de tal modo que sus departamentos, especialmente los dormitorios, son asísmicos, para evitar en lo humanamente posible los peligros de los terremotos; y bastante céntrico, pues está situado en la casa número 9 de la 11 avenida sur de esta Ciudad.

Dentro del programa que el señor Profesor García se propone desarrollar, está la institución de paseos escolares con fines inmediatamente científicos e higiénicos.

El horario se ha calculado de conformidad con los varios grados de aprendizaje, pues existirá una sección de kindergarten, y las de elemental y complementaria que fijan los programas oficiales para la instrucción primraia, por ahora; y una sección especial de comercio, que responderá ampliamente a los fines de su creación.

Finalmente, las pensiones son módicas y equitativas dada nuestra situación actual: kindergarten: $50 al mes; elemental, $150; primer año complementario $200; segundo y tercer año complementario, $250. Los internos con mesa y ropa limpia, $800 mensuales.

La vigilancia contínua de los niños la ejercerá el propio Director ayudado por el número necesario de inspectores.

Tomando en cuenta la competencia y dedicación de nuestro amigo compañero de labores escolares, auguramos muy bun éxito a nuestro amigo el señor Profesor don Bernardino García.

Luis de Eguílaz.

CIENCIA Y LITERATURA

Las enfermedades avícolas

Una revista informativa que pretenda ser de actualidad, necesita referirse a todo para responder a su programa y desempeñar su verdadero papel. Y como dentro de tales puntos de vista, es nota de actualidad la enfermedad de las aves de corral, que aflije sino a todas, sí por lo menos a algunas zonas importantes de la República, vamos a referirnos a ella, generalizando, porque no se puede de otro modo de esta revista, ni dentro de nuestros escasos conocimientos de la materia, como simples aficionados, presumimos de entendidos.

Una correspondencia local de Mazatenango noticia al público, que en aquella región existe una epidemia de aves de corral y hasta de cerdos, que tiene alarmados a los creadores, gente generalmente pobre, qu con la venta de los animales o sus productos, se ayuda bastante para la vida. No detalla el corresponsal los caracteres que tenga la enfermedad, haciendo constar solamente que la mortandad es de alguna proporción.

Por carta particular venida de otra importante localidad, que también es creadora en regular escala, se nos dá la msima mala nueva, asegurándonos que el mal toma proporciones, atacando de preferencia a la pollada joven y escasamente a los padres, aunque sí se presentan casos entre ellos. Algunas fincas están quedando deshabitadas de volátiles.

Nuesrto estimable informante es persona que si no posee conocimientos especiales, es observador, le gusta darse cuenta de los sucesos y para remediar daños en lo posible, nos pide consejo personal o de facultativo entendido.

Para ello nos particulariza casos. Algunos animalitos —dice— pierden el equilibrio al andar, yéndose de lado; presentan lijeras escoriaciones en la rabadilla y mueren al día siguiente de iniciarse la enfermedad. Otros, aparecen como lastimados de los ojos, tosen ronco y como con dificultad, se enflaquecen velozmente y no buscan la comida, muriendo a los tres o cuatro días con alguna hinchazón en la cabeza.

Suponemos por los datos suministrados, que no es uno, sino que son dos los males que aquejan a las aves; y para creerlo así, recurrimos al dato de esta localidad, donde también se ha presentado la

epidemia, aunque por ahora, en menor escala. Frecuente es ver tirados en las calles de la Ciudad, por las malas costumbres de nuestro pueblo, los cadáveres de los polluelos, y el observador acucioso, puede hacer constar la hinchazón cerebral de algunos, o bien las patitas abiertas, pero alargada una y otra encogida.

Pues bien: salvando mejor información, pensamos que aquellos ejemplares que cojean, están atacados de **pústulas traseras** o tal vez de **mal de rabadilla.** En uno u otro caso, el orígen es la suciedad de los gallineros pues que con materias infecciosas se dañan, ya revolcándose en lodazales donde hay resíduos de putrefacción, ya bebiendo agua impura o comiendo maíz picado y en descomposición.

Es factor principal de la crianza de aves, la limpieza del animal, la pureza de sus alimentos y la higienización de sus dormitorios. Esto, cuando la crianza se ensaya sujetándola a reglas científicas; en nuestros campos, donde todo es primitivo y al **natural**, esto no se puede conseguir o se hace muy difícil, tanto por la poca preparación como por la completa ignorancia de las gentes que se dedican a la crianza.

Si el avicultor se convence de que es pústula, debe aislar a los atacados, pues el mal es contagioso, y para la curación debe recurrir a la mayor limpieza, ensayando el siguiente sencillo tratamiento: darle dos o tres veces al día, lechuga fresca y bien lavada, añadiéndole una rusiada de agua de ceniza bien cargada, colada o no, y frotándole con manteca común las pústulas.

Pero si el polluelo anda pesadamente, eriza las plumas y arrastra la cola, es que tiene el **mal de rabadilla** que no es epidémico, y lo más práctico es hacerle cuidadosamente una incisión en el tumor, procurando que el cuchillo tenga mucho filo para no hacer sufrir mucho al animalito. Así, el pus sale y para hacer cicatrizar la lesión pueden hacérsele lavados con vinagre y recubrirle la incisión con algunos polvos secantes y desinfectantes y si no hay a mano, aunque sea con polvos de calomel.

No obstante, en estas enfermedades no hay tos, ni a los polluelos se les hincha la cabeza, ni se presentan escoriaciones en los ojos. Estos síntomas son propios de la **difteria avícola**, y esta sí es gravísima peste que hace innumerables víctimas despoblando regiones enteras.

Debe cuidarse de observar bien a las aves, porque la difteria tiene varias formas todas más o menos mortales, aunque la más virulenta es la oftálmica; y como no es local en el individuo, sino orgánica, ataca toda la economía.

A reserva de ver que persona entendida si la hay en la región observe los atacados, debe por corta providencia aislarse también a los enfermos, aireando los gallineros, desinfectándolos con agua fenicada y mezclando a los granos de su alimentación, unos polvos compuestos de los siguientes ingredientes que en cualquier farmacia pueden arreglar sin receta:

Salicilato de sosa................	20 gramos.
Cubeba pulverizada	50 gramos.
Gengibre pulverizado	40 gramos.
Quinina pulverizada	100 gramos.

Esta medicación debe ensayarse sin perjuicio de hacerle gargarizaciones de aceite anti-diftérico, untado bien al interior con una pluma esterilizada. Pasteur, que fue el inventor de esta medicación y del caldo y cocimiento inmunizador en los casos de **cólera gallináceo** y de **carbúnclo**, aseguró al publicar sus sabias observaciones, que era el único

remedio eficaz, y por hoy, agregaremos nosotros, el único conocido.

En las naciones que se preocupan de estas cosas como Francia, se comisionan facultativos especialistas para que estudien las enfermedades de las aves útiles y necesarias al hombre. Uno de ellos, Mr. Troussaint, publicó un tratado por encargo del gobierno, poco antes de la guerra, que aunque no está traducido, puede servir de inapreciable guía.

Téngase en cuenta que esta industria es no sólo importante por la carne sino por sus preciosos productoos, que entran en multitud de preparaciones médicas y principalmente culinarias, para confeccionar pan, para la pastelería, etc., y que tomándolo como un ramo industrial sujeto a prescripciones científica, significa gran riqueza para la nación. La estadística francesa de 1912, acusa una exportación de cincuenta millones de huevos anuales, sin tomar en cuenta el consumo regional.

La zootecnia es un ramo de los conocimientos humanos de lo más indispensable hoy en las naciones cultas, porque desde el punto de vista de la riqueza nacional, esa ciencia señala los medios que deben emplearse para la producción, cría, alimentación y cuidado de los animales domésticos o de corral, que comprenden no sólo las gallináceas propiamente dichas, sino también a los pavos, patos, gansos, pintadas, cisnes, conejos, etc. En algunas regiones de Europa en donde la crianza se ha establecido zootécnicamente los productos avícolas sostienen el gasto de las familias, el pago del arrendamiento y alcanzan para economizar un pequeño superábit, que poco a poco va creando un fondo a las gentes del campo.

Hay razas muy propensas a enfermedades, pero por lo que nosotros hemos observado en Guatemala, nuestra raza, —aparte de su ordinariez y degeneración procedentes de la no selección cuidadosa —es refractaria a ciertas dolencias graves que afljen a otras especies del viejo mundo, pero adquiere con facilidad otras que un veterinario de profesión podría extirpar con sólo difundir entre los campesinos ciertos conocimientos elementales y prescribir determinados cuidados higiénicos sencillos y hacederos.

Debe tenerse en cuenta, que como ha dicho un tratadista, "La mayor parte de las enfermedades de las aves de corral, son producidas por la falta de limpieza, y la negligencia en su cuidado, y por consiguiente, son fáciles de evitar: ajolamientos secos, aireados y diariamente limpios, agua límpia en abundancia, alimentos sanos y distribuídos con regularidad", son a juicio de Mr. Lavalette los remedios infalibles preventivos.

Queda complacido nuestro estimable amigo, y ojalá hayamos acertado en la resolución de su consulta.

Veterinario.

El Fonógrafo y el Inalámbrico

Un colaborador del "Scientific American" nos cuenta como un fonógrafo al servir de aparato receptor, develó el misterio inalámbrico de la guerra. Parece que antes de la rtirada de los alemanes de Chemin des Dames, en 1918, el departamento de Comunicaciones de los aliados informó al Estado Mayor la posición exácta que los germanos iban a evacuar, a pesar de que todas las operaciones preliminares habian sido llevadas a cabo por el enemigo con la mayor reserva. Todos los movimientos, inclusive la retirada final se habían verificado por la noche, y aun los Comandantes Divisionales de los ejércitos germánicos ignoraban hasta qué grado se extendería la retirada. El inalámbrico refirió la historia:

"No se interceptó ningún mensaje que descubriera este precioso secreto; los alemanes sabían algo más que confiar encargos a las ondas etéreas. Sin embargo debido al uso que hácian los enemigos del equipo inalámbrico, los aliados obtuvieron informes precisos.

"El razonamiento que siguió fue muy sencillo, pero hasta 1918 una de las dos partes beligerantes puso en práctica el procedimiento; la mayoría de las comunicaciones del frente se hacian por teléfono.

"El teléfono instalado en las trincheras era un aparato costoso. Siempre que se resolvía evacuar un sector dado, los germanos tenían que trasladar primero sus instrumentos, sus alambres y sus estaciones. De cuando en cuando esta operación se empezaba y se terminaba hasta que estaba completamente realizada, y en ella el inalámbrico desempeñaba un papel importantísimo. Toda estación telefónica daba lugar a una estación inalámbrica temporal, y las charlas, las bromas y las órdenes serias que se daban en clave, se comunicaban de esta manera tal vez hasta diez días antes de la retirada final.

"Por previa experiencia, los observadores franceses, ingleses y americanos se habían familiarizado con el aumento coincidental del número de mensajes inalámbricos cuando se preparaba la retirada. De este modo, bien desarrollados los síntomas a lo largo de un frente de sesenta y cuatro kilómetros en el Chemin des Dames, no tenían dificultad en marcar el sector, y aun adivinar con exactitud todo lo concerniente al tiempo en que empezaría la retirada. No necesitamos decir que la artillería aliada hizo la evacuación tan difícil como le fué posible."

Otra situación curiosa en el departamento del inalámbrico, fue la que durante muchos meses se designó con el nombre oficial de "Nauen—Madrid Buzz". En mayo de 1916 se presentó por primera vez, emanando de Madrid. Era un ruido producido por la chispa, pero que no se parecía al de ningún mensaje familiar a los operadores aliados, quienes por consiguiente lo tomaron con sospecha y trataron de descifrarlo. Durante cinco segundos —y algunas veces hasta veinte— duraba este fenómeno; en seguida no se presentaba en toda una semana. Hasta que el Nauen desarrolló la misma cualidad extraña, ese zumbido se diagnosticó como una curiosa manfestación de estática.

"Pero Nauen seguía zumbando, e inmediatamente todos los entendidos en materia de inalámbrico en las filas aliadas hicieron frente al problema.

"Es innecesario detallar las muchas teorías que se formularon para explicar esta misteriosa comunicación, pues después de la primera semana nadie dudaba lo que era el zumbido; la solución se obtuvo por pura casualidad.

"Al estudiar el despacho inalámbrico del enemigo, que va en clave si tiene importancia, se acostumbra tomar el mensaje en un fonomagrama; en seguida se puede descrifar cómodamente. Uno de las muchas docenas de fónogramas que registraban el zumbido del Nauen—madrid se tenía en funcionamiento. Un joven oficial de la Oficina radiográfica se esforzaba por descubrir el misterio. La cuerda del aparato se acabó, y cuando el operador se inclinó con aire de cansancio a darle cuerda al fonógrafo, se detuvo asombrado por su descubrimeinto. A medida que el cilindro daba vuelta a lenta velocidad, salía por la trompeta algo que podría tomarse como rápido mensaje en clave.

"Disminuyendo la velocidad por medio del regulador que tiene el fonógrafo, puso en juego el fonograma con la lentitud que le fué posible. Su recelo estaba justificado; algo había allí, a pesar de que iba demasiado ligero el aparato.

"Luchó con el problema durante toda la noche; al siguiente día tomó un motor eléctrico para que hiciese correr un cilindro en blanco a una velocidad prodigiósa. Cuando se presentó el zumbido se hizo el registro de él; entonces se hizo correr el fonograma con una velocidad moderada, y allí se encontró el mensaje. Poco tiempo después estaba descifrado, y resultó ser parte de una importante descripción relativa a la disposición de las tropas aliadas.

"El secreto estaba sencillamente en que en Nauen y en Madrid cada mensaje se tomaba en un rollo perforado, el cual se hacía pasar por el trasmisor, a una velocidad de 400 palabras por minuto. Naturalmente aquello siguió siendo un simple zumbido para el que no estaba penetrado del secreto; en la estación opuesta lo registraban en el fonógrafo, y he allí todo el procedimiento.

"Los aliados lograron por este medio seguir la pista a muchos espías, debido a las solicitudes hechas por Nauen. Además de esto, se enviaba gran cantidad de informes erróneos por conductos que los hacían llegar a Madrid, y de allí a Nauen. Después siempre hubo un tercero que estaba en la misma línea siempre que los alemanes y sus agentes que se hallaban en la España neutral se ponían a conversar."

ALICIA

— I —

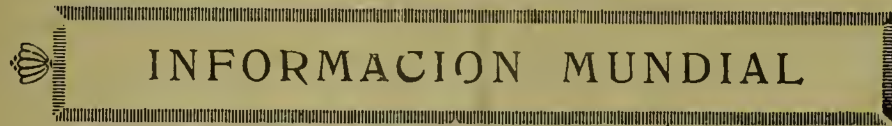
¿Hay nada tan agradable como vagar por el bosque verde, cuando el mirlo y la alondra cantan en el ramaje; cuando el ágil cervatillo huye como una flecha para escapar de los dientes de los lebreles y cuando el cuerno de los cazadores suena a lo lejos en la espesura?

—¡Oh, Alicia, yo he abandonado por tí mi tierra natal, y nos vemos obligados a vivir en los montes y los bosques como los proscritos!

¡Oh, Alicia, si en la noche fatal de nuestra fuga maté a tu valiente hermano, fue por amor de tu hermosa cabellera y de tus azules ojos!

Y ahora, esta mano acostumbrada al manejo de la espada, tiene que cortar las raíces de los

(Pasa a la página 41).





LA VICTORIA EN EL MAR

Por el Contra-Almirante William Sowden Sims, Jefe de la Escuadra Americana.

Los destroyers americanos en acción

Nuestra primera división de destroyers llegó a Queenstown en la mañana del viernes del día cuatro de mayo de 1917; el siguiente lunes se hicieron a la mar para dar caza a los submarinos y proteger el comercio. Durante el primer mes o seis semanas, pasaron prácticamente todo su tiempo en el servicio de patrullas junto con los destroyers ingleses, las corbetas y otros barcos patrulleros.

Aunque el sistema de convoy había sido formalmente adoptado a fines de mayo,, no entró en operación de una manera completa hasta agosto o septiembre. Muchos convoyes de buques mercantes y transportes de tropas se formaron en el intérvalo, y gran número de ellos fueron conducidos por la zona submarina, por destroyers americanos; pero nuestros buques pasaron mucho tiempo navegando solos, buscando al enemigo que diera indicios de su presencia, o escoltando cargamentos parciales.

Los primeros experimentos habían demostrado la utilidad del sistema de convoy, sin embargo algunos pesimistas todavia rehusaban aceptarlo como la mejor solución del problema marítimo, y para reorganizar prácticamente los movimientos de buques del mundo, porque éstos se hallaban esparcidos por todas partes en los siete mares, y la obra requería tiempo.

Pero este período de intervalo proporcionó el adiestramiento indispensable de nuestros marinos; todos los días se familiarizaban cada vez más con las aguas que iban a formar el teatro de sus operaciones y aprendían muchas de las astucias de los submarinos alemanes.

Era un mundo desconocido en el que éstos jóvenes americanos se encontraban; la vida se hacía dura naturalmente en las aguas holandesas tempestuosas, con los pocos destroyers que navegaban en aquellas olas, algunas veces dejando pasar la luz del día bajo sus quillas, con las proas con frecuencia señalando hacia el cielo, internándose bastante en mares picados, y sus costados de cuando en cuando se bañaban en las olas espumosas.

Durante muchos días los marinos vivieron en un mundo de neblina; la lluvia en esas regiones parecía ser el estado normal de la naturaleza. Mucho se ha escrito acerca de las penalidades de la vida a bordo de un destroyer, y a esas narraciones, nuestros marinos podrían agregar muchos detalles propios; sin embargo esas durezas no pesaban tanto sobre ellos, pues la existencia en esas aguas, aunque por lo general es monótoma, poseía a intervalos bastante interés y excitación. El mismo aspecto del mar mostraba que nuestros hombres estaban ganando una especie de guerra muy distinta de aquella para la cual los habían preparado. La enorme cantidad de buques parecía dar un mentís a los informes alemanes que anunciaban que el comercio británico estaba prácticamente paralizado.

Una perpétua afluencia de toda clase de buques, trasatlánticos, de pasajeros, goletas y barcos pesqueros, pasaban hacia las costas irlandesa e inglesa; sin embargo aquí y acullá ciertos objetos flotantes en la superficie referían la historia. Ya se veía un barco extraviado lleno de sobrevivientes de un buque que había sido torpedeado; ya se veía otro que llevaba los cuerpos de los que murieron; ora el casco abandonado de un buque que los alemanes dejaron por creerlo hundido, pero que persistió en flotar sin rumbo como un constante peligro para la navegación.

Las minas sueltas se balanceaban en el agua, como indicando el peligro con que amenazaban constantemente nuestro esfuerzo. En la exaltada imaginación de los vigías, los detritus que flotaban fácilmente tomaban la forma de periscopios. Los buques de vela de extraña apariencia, cuando se les divisaba a la distancia, despertaban las sospechas de que podían ser submarinos disfraza-

dos. Una huella fosforente en el agua algunas veces se tomaba por la estela de un torpedo. La cubierta de una escotilla que flotaba en la superficie, si se miraba de lejos a unos cuantos centenares de yardas, ofrecía el aspecto de la torre cónica de un submarino, mientras que el lomo de una ballena que aparecía de cuando en cuando, daba la impresión de un sumergible navegando a flor de agua; en efecto, era tan semejante, que varios de nuestros caza-submarinos en la costa inglesa, arrojaron cierta vez bombas de profundidad sobre la ballena y la mataron.

Pero era lo invisible más bien que las pruebas visibles de la guera, las que especialmente impresionaban a los submarinos. El aire que los rodeaba estaba electrizado de vida y de noticias; bastaba acercarse al oído el receptor de un inalámbrico para hallarse en un mundo nuevo y animado. En la atmósfera había contínuamente mensajes de todas clases, procedentes de todas partes; algunas veces los enviaba el Almirante Bayly de Queenstown, para indicarles a nuestros hombres que pasaran a un lugar dado y escoltaran un buque de carga singularmente valioso; en ciertas ocasiones decían a un comandante particular que un submarino se hallaba en una latitud determinadas y se le daba instrucciones para que fuera a cogerlo.

Las conversaciones a la ligera eran necesariamente frecuentes entre los destroyers y los buques que habían sido destacados para escoltar. "Dadme vuestra posición", preguntaba un destroyer: "¿Cuál es el número de vuestro Cirujano ayudente, y quién es su amigo a bordo de nuestro buque?" era la contestación que daba el barco que sospechaba; la precaución era indispensable para asegurarse de que el informe no lo pedía un submarino alemán.

"Nos persigue un submarino, latitud 50 Norte, longitud 15 Oeste"; exclamaciones de apuro como ésta eran comunes. Otro mensaje que informaba por ejemplo que un barco estaba siendo bombardeado; otro decía que un buque naufragaba; mientras que otros despachos daban la posición de los botes salva-vidas llenos de sobrevivientes, y pedían pronto socorro. Nuestros telegrafistas del inalámbrico no sólo recibían la noticia de amigos, sino también la de enemigos. Sucedía con frecuencia que las conversaciones entre submarinos llenaban el aire; algunas veces intentaban engañarnos con estas señales falsas: "S. O. S.", esperando que se les dejaría una oportunidad de torpedear al buque que respondiera al llamamiento; pero estos esfuerzos eran inútiles, pues nuestros operadores del inalámbrico no tenían dificultad en reconocer la chispa de los aparatos alemanes.

Algunas veces la superficie del océano se mostraba en calma; no se veían ni un buque ni había indicio de existencia humana en ninguna parte; sin embargo el aire se mantenía constantemente lleno de cosas que recordaban la guerra.

Manteníendo los submarinos bajo la superficie.

Las obligaciones de los destro-

yers, en aquellos tempranos días, eran cazar los submarinos, escoltar los barcos solitarios, recoger los sobrevivientes en botes, e ir a la salvacón de los buques atacados. Con el propósito de patrullar el mar, este se dividió en zonas de 30 millas cuadradas; a cada una de estas se les designaba un destroyer, una corbeta o cualquier otro buque. Se necesitaba que el barco se mantuviera dentro del área designada, salvo que la persecución de un submarino lo llevara a una zona vecina.

Esta patrulla, tal como la he descrito, no era manera satisfactoria de combatir los submarinos; un buque, de cuando en cuando, avistaba al enemigo, pero eso era todo; tan pronto como el submarino veía al buque, sencillamente se sumergía y se mantenía a salvo bajo las olas. Nuestros desrtoyers tenían muchas oportunidades para hacer fuego al enemigo, pero generalmente a distancias muy largas; algunos de ellos lograban asestar buenos tiros tal vez destruyendo al sumergible, aunque esa destrucción era siempre cosa difícil de probar.

No obstante el simple hecho de que los submarinos eran raras veces hundidos por los destroyers de patrulla —ya sea por los nuestros o por los de los aliados — no significaba precisamente que dichos destroyers nada realizaran. La obra que se esperaba de los destroyers en el servicio de patrulla, era la de mantener a los submarinos bajo la superficie lo más que fuera posible para sostener el comercio.

Normalmente el submarino navega sobre el agua, buscando sorpresa mientras se halla más allá del radio de visión de un buque mercánte, usa su velocidad de navegación superficial que es alrededor de catorce nudos por hora para llegar a colocarse delante del buque que avanza; antes de que el buque perseguido llegue a un punto donde el vigía puede ver al submarino, éste se zabulle y espera el momento favorable para disparar su torpedo.

No puede dar estos pasos preliminares si hay algún destroyer en alguna parte cercana; la simple presencia de un buque de guerra constituye por tanto una protección considerable para cualquier barco mercante que esté a la vista. Normalmente el submarino prefiere valerse de sus cañones contra los buques de comercio, pues los torpedos son caros y relativamente pocos en número; los destroyers siempre intervienen en éstas operaciones de artillería. Un disparo hecho a larga distancia generalmente ha sido suficiente para obligar al submarino a que se sumerja y así perder su facultad de causar daño. Las primeras experiencias que tuvieron nuesrtos destroyers con los sumergibles fueron de esta clase; pero la caza de los submarinos bajo el agua, la escolta de una pequeña porción de los muchos buques de carga y la recogida de los sobrevivientes, a pesar de que ello constituye una labor importante, realmente no es efectiva como guerra antisubmarina. Dio a nuestros hombres de mar una práctica espléndida, salvó muchos barcos mercantes, así como muchas víctimas expuestas a los peligros extremos de la crueldad alemana, hundió un pequeño número de sumergibles, sin embargo no era posible que se ganara la guerra.

Esta patrulla compuesta de destroyers y de buques ligeros de navegación superficial, ha sido criticada por suministrar un método ineficaz de protección, especialmente cuando se compara con el sistema de convoyes.

Esta crítica por supuesto está

justificada; sin embargo hemos de comprender que fue la única manera disponbile hasta el momento en que tuvimos barcos antisubmarinos que hicieron factible el convoy. Tampoco debemos olvidar que esta patrulla de Queenstown fue organizada sistemáticamente y que operó con admirable tacto e incansable energía. La mayor parte de estas obligaciones recayeron por entonces sobre los destroyers ingleses, las corbetas y otros buques patrulleros, que estaban bajo el mando del Almirante Bayly: sus operaciones eran bastante ayudadas por la acción valerosa de los buques británicos "Q", o sean los barcos misteriosos.

Aunque algunas de las hazañas admirables de estos buques se referirán a su debido tiempo, puede decirse ahora que el récord que batieron estos buques no sólo fue digno en todo respecto de las tradiciones de su gran servicio, sino que también dieron muestras de una resistencia, de una heroicidad, y de una habilidad marina, que tienen pocos paralelos en la historia de la guerra naval.

II

El centro del sistema del convoy, o mejor dicho su oficina central, se hallaba en unas de las piezas del Almirantazgo Británico; allí estaba el resorte principal del elaborado mecanismo por el cual 10.000 barcos eran lanzados a los siete mares. Aquí todas las mañanas, los que habían sido encargados de la seguridad de las líneas de comunicaciones de los aliados, pasaban revista a toda la sitiación submarina.

El Vice-Almirante Sir Alexander L. Duff, R. N., llevaba la mayor responsabilidad, asistido por un número de idóneos oficiales ingleses. El Capitán Byron A. Long, de la armada de los Estados Unidos, y miembro de mi estado mayor, estaba asociado con el Almirante Duff en esta importante obra.

El deber del Capitán Long era coordinar los mivimientos de nuestros convoyes con los más numerosos convoyes de los aliados; él realizó su tarea de una manera tan eficaz que una vez que la organización entró en funcionamiento, eliminó este punto de la lista de mis ansiedades y le pedí al Capitán Long que no me informara cuando los convoyes de tropas zarparan de los Estados Unidos o cuando debían llegar a Francia o a Inglaterra. Me parecía que no había razón por lo cual ambos perdiéramos el sueño por una misma causa.

La característica más conspícua de la oficina central de los convoyes era una gigantesca carta marina, que cubría por completo la pared de un lado de la oficina; a la carta se llegaba por escaleras parecidas a las que se usan en las tiendas de zapatería. Daba una idea comprensiva de la costa de Norte y Sur América, del Océano Atlántico de las Islas Británicas, y de una parte considerable de Europa y Africa.

Los puertos que especialmente se destacaban eran Sydney (Capbo Bretón), Halyfax, Nueva York, Hampton Roads, Gibraltar, Sierra Leona y Dakar, puertos de la costa Occidental del Africa.

Lineas delgadas se extendian de cada uno de estos siete puntos a ciertas posiciones del océano fuera de las Islas Británicas y en esas lineas habia pequeños buques de papel, cada uno de los cuales representaba un convoy.

Cuando un convoy especial partía de Nueva York, uno de esos buques de papel se colocaba en dicho punto; a medida avanzaba en el oc;ano, el barco se iba moviendo diariamente de acuerdo con la marcha del convoy. En un momento dado, por tanto, bastaba dirigir una mirada a la carta marina, con su multitud de buques de papel, para que el espectador fijara la posición exacta de todo el comercio que estaba en camino en el teatro de la guerra.

EL NOTABLE EXPLORADOR STEFANSSON NOS HABLA DE LAS

curiosas ideas que en materia de religión tienen los esquimales.

Los milagros no despiertan asombro en la mente de los esquimales, dice Vilhjalmur Stefansson, notable explorador del polo. Parece en realidad que esos individuos esperan que los milagros ocurran, y se sorprenden solamente cuando un milagro no se efectúa todos los días o cada dos días, especialmente si no hay luz.

Stefansson nos relata estas cosas al discurtir las creencias religiosas de los habitantes del Lejano Norte. Como resultado de sus observaciones accrca de esquimales que jamás habían visto a un blanco, Stefansson dice más adelante que ha revisado su interpretación de la palabra "salvaje".

Los hechos que se refieren a los pueblos a los cuales por lo general se aplica el término, no justifica semejante aplicación, declara el explorador, e insinúa que el vocablo pueril resultaría más apropiado. Nos asegura que el aserto que con frecuencia se hace de que ningún pueblo se halla tan bajo en la escala del desarrollo humano, que no tenga religión, implica una falsedad, y que lo más correcto del caso sería decir que tanto más se descienda en la escala cuanto más religión se encuentra. De este modo, entre las tribus que están próximas al nivel ínfimo en materia de cultura mental y espiritual, todo acto y accidente de la vida se halla investigado atribuyéndole una significación religiosa, y hay una fórmula para todo fenómeno y forma de actividad, con la cual los esquimales están familiarizados.

En la discusión de Stefansson, al tratar de la religión esquimal, se destacan perfectamente estos puntos:

"Para comenzar diremos que los esquimales son muy confusos en sus ideas religiosas, un hecho que no se diferencia mucho del que se observa en nuestra propia raza; el escepticismo en materias religiosas es desconocido. Si están al corriente de mi carácter privado y me encuentran digno de confianza en las relaciones ordinarias de la vida; si no digo mentiras acerca del número o de la corpulencia de los renos que he matado, ni de la distancia a que les tiré, ni de la dificultad que tuve en cazarlos a la espera, creerán todo lo que diga sobre cualquier asunto.

"Por otra, parte, si les digo que habia diez renos en una partida que ví, y más tarde se descubre que eran cinco, no se sentirán inclinados a creerme si les manifiesto que no hay más que un Dios. El razonamiento es sencillamente el que sigue: "No nos dijo la verdad del número

de renos, por tanto ¿cómo podemos confiar en lo verídico de sus asertos respecto al número de Dioses?"

"Hay entre los esquimales ciertas personas a quienes llamamos "shamanes", y a los que ellos les llaman "angatkut". Éstas personas están en comunión con los espíritus y familiarizadas con las cosas del otro mundo; son los que formulan la opinión religiosa. La época de los milagros no ha pasado todavía en el pueblo primitivo, y las maravillas se efectúan en las riberas del mar polar todos los días, pero más especialmente en la oscuridad del invierno.

"Los milagros generalmente ocurren por mandato de los shamanes, e invariablemente es el shamán el que los relata; pero aunque las nuevas revelaciones son frecuentes, hay siempre otras de carácter antiguo. Poca originalidad se descubre en el pueblo primitivo; sus experiencias diarias son uniformes así como lo son sus pensamientos.

"La cosa más fundamental de la religión esquimal es que todos los fenómenos son controlados por los espíritus, y estos espíritus a su vez están controlados por las fórmulas, o encantamientos, que se hallan principalmente en poder de los que manejan la medicina, aunque ciertos encantamientos sencillos son de dominio de todos en general.

Lo que pasa con ciertas personas que habitan el mundo civilizado y están familiarizadas con espíritus poderosos, pasa con el shamán, confidente de los habitantes de otras esferas, aunque a las claras se ve que no deriva ningún bneficio directo y tangible de tal intimidad, —parece que siempre se complace en entrar en relaciones con sus semejantes, como si esto fuere necesario para mantener una existencia mundana. Lo contrario pasa con el comunicador espírita civilizado; el shamán esquimal logra disponer de todos los espíritus. Un ejemplo típico de este canje se encuentra en lo siguiente:

"El shamán ordinario del Río Mackenzie tiene poco más o menos media docena de espiritus familiares, cualquiera de los cuales obedecerá a su mandato; cuando se ocupa en el hallazgo de una cosa perdida, el shamán llama a estos espíritus uno tras otro, y los manda a buscar por separado el objeto perdido. Naturalmente es de suponer que un hombre se conduzca perfectamente bien con cinco espíritus familiares, aunque tenga la costumbre de usar los seis, de la misma manera que nosotros nos privamos de un criado extra. Puede ser que un shamán esté viejo y decrépito, o por cualquier razón se halle imposibilitado; esta es la ocasión propicia para que un joven de ambiciones consiga un espíritu familiar.

"Se dirige al viejo shamán y entabla con él una conversación parecida a esta:.

"¿Queréis venderme uno de vuestros keyukat? ¿(Keyukat es el nombre que se le da al espíritu familiar).

"Sí; no veo la razón por que nó. Me estoy volviendo demasiado viejo, y ya no necesitaré de sus servicios mucho tiempo; además he tenido fijas mis miradas en vos, y me gustaría que fuerais mi sucesor; creo que os podria facilitar mi espíritu Oso Polar."

"Sois muy amable, pero ¿no creéis acaso que podriais concederme vuestro espíritu Marca?"

"No; ese es uno de los que pienso tener conmigo hasta lo último; me ha sido muy fiel y útil, pero si no queréis mi espíritu Oso Polar, os daré mi espiritu Indo."

" Y así continúa el trato, hasta que finalmente se resuelve el joven a comprar un espíritu Cuervo, por el cual paga con un umiak (Bote de piel)), recientemente hecho con pieles de beluga (Marsopa blanca), veinte pieles de venados matados en verano, dos odres de aceite de foca, y otras varias cosas, en una palabra, da un bote cargado de efectos.

'El joven regresa ahora a casa, y usando la fórmula apropiada que le ha dado el shamán, evoca su espiritu familiar;- pero éste rehusa presentarse. El mozo vuelve entonces a casa del viejo shamán y le dice: ¿"Cómo es esto? El espíritu que me vendisteis no se ha mostrado." Y el anciano responde: "Pues bien yo no puedo evitarlo; os lo trasferi de buena fé, y si sois una de esas personas con las cuales los espíritus rehusan asociarse, cosa es esa que no es posible, remediar. Yo cumplí mi parte en el asunto."

"En nuestro caso hipotético nosotros hemos supuesto que el joven vuelve al shamán para quejarse de que no ha aparecido el espiritu; sin embargo ese suceso sólo se presenta una o dos veces en una generación. Cuando el comprador paga públicamente por el espiritu, aquél lleva todas las de perder si confiesa que no lo recibió; no tiene derecho a recobrar lo pagado; no goza de la ventaja de ser considerado como shamán, y pierde la posición social al publicar el hecho de que el espiritu rehusa asociarse con él.

"En la práctica, por tanto, el comprador pretende haber recibido el espiritu, y anuncia el hecho. Poco después ocurre un caso de enfermedad en la familia o se pierde un articulo valioso; se apela al comprador, y para seguir manteniendo el engaño que ha comenzado al decir que

recibió el espíritu, entra en una especie de trance simulado lo mejor posible, porque desde su niñez ha observado a los shamanes en sus trances.

"Si tiene éxito en la cura o en encontrar el objeto, ha formado su reputación; si no lo logra, nada se ha perdido, pues es fácil para un esquimal explicar el por qué del fracaso en una ejecución shamanística, así como lo es para nosotros explicar el porqué una oración no ha sido atendida. Pudo haberse debido a que otro shamán más poderoso haya estado trabajando contra él, o por otras mil razones, todas las cuales son satisfactorias y suficientes para la mentalidad esquimal."

Stefansson explica que de cuando en cuando un espíritu realiza una maravilla por su propia cuenta, pero que en el 99% de los casos de manifestación supernatural, el crédito se adjudica al shamán por haber inducido el acto. Una demostración de esta clase nos la describe el explorador:

"El vuelo corporal shamanístico se efectúa por lo general en las noches de invierno; el evento se anuncia de antemano, y todos los que desean estar presentes se reunen en una casa determinada o en la mayor residencia privada que es posible conseguir. Sucede que en casi todos los edificios del Río de Mackenzie hay una ventana en la parte superior de la choza, que tiene la forma de un techo, y bajo ésta, poco más o menos en el centro del piso, se sienta el shamán, casi sin vestidos, excepto los calzones que le llegan a las rodillas. Dos o tres hombres, expertos en el manipuleo de las cuerdas., toman un cabo y atan al shamán hasta que, humanamente hablando, le es imposible moverse. Por lo general, un rasgo definitivo de esta atadura es que la cuerda pasa debajo de las rodillas y sobre la nuca, y que la cuerda se aprieta hasta que la barba descansa entre las rodillas.

"Cuando está hecha la atadura, siempre queda un cabo suelto, que mide aproximadamente tres pulgadas, al cual va atada una piedra u otro objeto pesado, como por ejemplo un martillo o una hacha. Antes de comenzar la ejecución, la ventana se cubre con una piel gruesa o con una frazada; toda la gente toma asiento en un círculo al rededor del shamán, lo más lejos posible del centro de la casa, dejándolo dentro de una circunferencia vacía de diez pies de diámetro. Las luces se apagan, y la casa queda tan a oscuras que no se puede ver absolutamente nada; sin embargo, todos los presentes se inclinan hacia adelante y cierran los ojos, apretándolos; si hay niños, una persona de más edad se sienta detrás de cada uno de ellos, y con las manos les tapa los ojos.

"En el momento en que se apaga la luz, el shamán comienza a entonar un canto mágico; después dice: "No me siento tan pesado como de ordinario; me parece que es muy poco mi peso cuando estoy sentado en el suelo. Ahora me estoy volviendo tan ligero como una pluma. Ahora estoy empezando a querer levantarme como un palo seco en el agua."

Todas estas cosas las dice con un tono de voz indefinido y bajo, hablando de un modo gutural, que es difícil juzgar a que distancia se halla, aunque todos saben donde se encuentra, o sea en el centro del círculo en el que estaba cuando se apagaron las luces.

"La segunda fase de la ejecución es que el shamán, todavía hablando como ventrílocuo exclama: "Ahora estoy empezando

razón de Algre. Privado de su **Gaviota**, parecíale hallarse encallado en la arena. El tío Jorge le regalaba una segunda **Gaviota**; ahora podría pasar cien veces el río, mil, si quería, para saber de su amiguita, sin pedir permiso a nadie y, sobre todo, sin descubrir el misterio de su corazón, que él creía impenetrable.

Dos días había pasado sin ir a la quinta; no dos días de veinticuatro horas, sino dos días de cien años cada uno, tanta era su impaciencia para volar a la otra banda.

En cuanto se vió solo corrió a la **Pequeña** saltó a ella, acarició y besó sus bordas finas y lustrosas, pintadas de un hermoso color gris perla, que la hacía parecerse mucho a la **Gaviota**, y le habló:

—Ahora, **Pequeña**, eres mía ¿no? y muy mía, porque el tío Jorge, el querido tío Jorge quiere que lo seas; ahora eres mía y de Margarita; ahora no te llamarás **Pequeña**, sino **Flor del aire**, como ella; debes estar contenta con tu nombre; tú serás buena con tu dueña y cuando naveguemos en el riacho los tres, los cuatro con Tell, las mariposas se acercarán a verte porque irás linda como Margarita; "Flor del aire" en **Flor del aire**, ¿verdad que irás tan linda como la **Gaviota**?

Alegre besó de nuevo en la proa a **Flor del aire**, que es como si la hubiera besado en los labios, y de un golpe de remos se apartó de la orilla.

Flor del aire en el agua era tan gallarda como la **Gaviota**. Su joven capitán la contemplaba orgulloso. ¡Qué contenta se pondría Margarita cuando la viera! ¡Cuántos paseos darían a bordo cuando estuviera sana del todo, muy pronto! Eso sí, jamás se acercarían a la mar, esa mar hipócrita, pérfida y cobarde, que a no ser por el tío Jorge los habría engullido. En adelante siempre andarían en el río y siempre con permiso de padre Ludovico y de miss Fulton.

Alegre estaba seguro de conquistar con sus sonrisas y sus ruegos la voluntad de la inglesa, a quien de vez en cuando llevarían consigo en la **Flor del aire**.

Andando despacito, despacito, porque aun tenía los brazos doloridos, había llegado al fondeadero del **Relámpago**. Nada mejor podía hacer que desmbarcar y correr a tomar lenguas de su amiguita, si es que no tropezaba con ella misma, En dos siglos de ausencia habría sanado del todo, como él, que hasta remaba ya.

Como lo pensó lo hizo. Atracó el bote, lo amarró al muelle y se internó entre las calles de árboles lujuriantes, donde tantas veces había perseguido con tesón las más lindas mariposas que pudieran valer a su amiga el perdón de una falta, por parte de su incorruptible profesora miss Fulton.

La puertecilla de la verja que ceñía el parque estaba cerrada; Alegre había llegado hasta ella, a diez pasos de la gran escalinata; temblábanle las piernas de emoción, y era todo ojos para saborear cuanto antes la deliciosa visión de "Flor del aire", si andaba por allí.

No andaba por allí: un jilguero basta para

llenar de gorjeos un jardín, y el parque estaba silencioso.

¡Si estaría aún enjaulada! Alegre iba a saltar la verja cuando lo petrificó una aparición. No era Margarita; era la mismísima miss Fulton; al menos no podía ser otra aquella mujer altiva, como un varejón de mimbre desabrida y astringente como un trozo de alumbre, y tiesa y planchada como un cartucho de porcelana, que acababa de surgir en el vestíbulo.

Y en efecto, era la inglesa, que venía a hacer la visita de inspección en el cuarto de Margarita.

Alegre, oculto detrás de una enorme **yuca** que junto a la verja alzaba sus carnosas hojas, contemplaba ávidamente la aparición, confrontando las descripciones de su amiguita con sus propias observaciones.

Miss Fulton había desaparecido en una habitación que daba al vestíbulo: la de Margarita.

Alegre experimentó vivo disgusto. ¡Cómo era posible que aquella mujer tuviera la inmensa dicha de estar siempre al lado de la niña, y mirara con tan glacial displicencia lo que él habría comprado con un monte de oro más grande que el "Peñón de las gaviotas"!

Casi en seguida de desaparecer miss Fulton, apareció Clara.

La ocasión es calva. Ninguna como aquélla para averiguar algo acerca de la chiquilla. De un salto Alegre salvó la verja y de dos subió la escalinata.

—Sí, sí; déjeme hacerlo, ¿quiere?

—¿Cómo le vas a poner?

—**Flor del aire.**

—¡**Flor del aire!** ¿Por qué así?

—¿No le gusta? Entonces dejémosle el que tiene.

—No, no es eso: es un lindo nombre el que dices, pero ¿por qué prefieres ese, que nada tiene que ver con un bote?

—Si no le gusta....

—¡Tromba con el chico! Te digo que sí; pero ¿por qué lo quieres llamar de ese modo?

—¡Ah! Por.... Margarita.

—¿Y que así se llama ella?

—No, pero podría llamarse, ¿no le parece?

Y los ojos de Alegre buscaban la respuesta en el rostro del marino.

—¡Ya lo creo! Podría llamarse; podría, porque la chica es linda y graciosa como una flor del aire. Con que ya está bautizada tu segunda **Gaviota**; su nombre la traerá suerte. ¡Ah! dime, ¿cómo te llama a ti Margarita?

—¿A mí? Alegre, no más. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Para bautizar con tu nombre a mi **Bella Italia.**

—No, no se lo cambie usted.

—Bueno, le dejaremos el que tiene que me recuerda esa tierra querida que Dios sabe si volveré a ver. Hasta luego, chico, y no dejes que la mar te juegue otra como la pasada.

De nuevo la felicidad volvía a anidar en el co-

—¿Y si el tío Jorge, si yo, que tanto te quiero, te lo pidiera como un favor?

—Entonces, quizás; pero....

—¿Pero qué ?

—Pero es que eso no es posible.

—¿Y por qué no había de ser? ¿Me crees tan pobre? Precisamente allí está la **Pequeña**. ¿La quieres?

Alegre sonrió.

—¡Vamos! Está visto: si la quieres; desde hoy es tuya, ¿eh? Y cuidado con decirme nada, ¿entiendes?

Alegre fijó sus hermosos ojos en el soriente rostro del marino, como dándole con ellos las gracias, ya que él no quería que se las diera de palabra.

—¿Aceptas? ¿sí o nó?

—Sí,—murmuró el chico.

—Bueno; ahora me das un abrazo fuerte, bien fuerte, y quedamos a mano.

El tío Jorge levantó en peso al muchacho; éste rodeó con sus brazos el cuello del marino y besó con sus frescos labios aquella frente paternal que habían besado los soles y las brisas de muchos mares.

El viejo lobo, con dos lagrimones de ternura y de orgullo, posó en el suelo al muchacho. Iba a marcharse dejándolo en posesión del bote; pero dió media vuelta y se quedó clavado.

—Dime, Alegre, ¿cómo la llamarás? Yo la llamaba la **Pequeña**, pero tú puedes elegir otro nombre mejor.

—¡Alegre!—exclamó ella al verlo.—¿Eres tú, Alegre? ¿A qué sé a lo que vienes?

—¿A qué? —tartamudeó el muchacho, que puesto en la boca del lobo se había acobardado.

—A preguntar por Margarita, ¿no es cierto?

Alegre cerró los ojos.

—Sí, a eso. ¿Está ya bien del todo?

—Del todo precisamente no; pero le falta poco.

—¿Entonces, podré verla?

—¿Eres muy amigo de ella?

—Sí.

—¿La quieres mucho?

—¡Oh!—respondió el niño confuso.

—No tengas vergüenza, no te descubriré.

—Sí, sí, mucho.

—¿Y ella a ti?

—Yo no sé.

—Pues yo sí lo sé.

—¿Usted?

—Sí, yo. ¿A qué no adivinas cómo lo he sabido?

—¿Cómo?... Yo no sé adivinar.

—Ella me lo dijo. Estaba dormida y deliraba y hablaba, en sueños, de un amiguito.

—¿De quién?

—¿De quién había de ser sino de Alegre? ¿Lo conoces?

Alegre sonrió.

—¿Pero usted no se lo contará a nadie?

—Si tú no quieres.

—No; ni yo ni Margarita.

—Entonces no lo contaré.

—¿Y no podré verla?

—Es muy difícil; está delicada: quizás le haría mal.

—¡Al contrario! ¡Sanaría!

—¿Cómo lo sabes?

—Digo..... me parece.

—¿Y por qué te parece?

—Porque si yo estuviera enfermo y ella fuera a verme yo sanaría,—rspondió Alegre resueltamente.

—Sí, sí; yo también lo creo; pero es que ahora está en el cuarto miss Fulton; tú no sabes quién es la inglesa; anoche dijo que si te pillara te sacaría los colores a la cara, si es posible que puedan verse, porque.... vamos, no te avergüences, Alegre, eres morenito, pero lindo de veras.

—¿Y dijo eso delante de Margarita?

—No; me lo dijo a mí sola.

El muchacho respiró.

—¿Y no podré verla después cuando usted esté con ella?

—¿Tienes muchas ganas de verla? ¿Y si no la vieras más?

—¡Cómo!

—Si ella se fuera a Buenos Aires.

—¡Ay Dios!

—No, no se irá —se apresuró a decir ella, viendo el desconsuelo del muchacho.—Acércate por aquí mañana a las ocho y la verás; a esa hora estoy sola con ella y te dejaré entrar. ¿Vendrás? A las ocho, ni antes ni después.

XXXII

"FLOR DEL AIRE"

Aquella mañana el tío Jorge llamó a Alegre:

—Oye, chiquillo —le dijo tomándolo por la barbilla.—¿Qué dirías tú si te' ofrecieran otra **Gaviota**.

Los ojos del muchacho brillaron de alegría un instante, sólo un instante, porque al siguiente se apagó el súbito fulgor.

—No la tomaría,—respondió.

—¿Que no? ¡Tromba! ¡Y yo me creí que le darías las gracias a quien tal hiciera!

—Sí, le daría las gracias; pero no aceptaría.

—¿Y por qué?

—Por no perder otro bote; porque no se hundiera como la **Gaviota**.

—¿Y por qué había de hundirse?

—Porque yo tengo muy mala suerte.

—¿Tú? ¡Hombre, yo habría jurado lo contrario! Pero en fin, suponiendo que se fuera a pique por culpa tuya... como la **Gaviota**....

El tío Jorge miró a Alegre sonriendo maliciosamente. El muchacho cerró los ojos.

—Bueno; suponiendo que se hundiera, ¿para qué crees tú que se han hecho las embarcaciones? ¿Acaso para semilla? Di, ¿aceptarías o nó?

Alegre sacudió tristemente la cabeza.

—¿Entonces me perdona?

—No sé que hayas hecho nada malo.

¡Y aquello no era sueño! ¡Era padre Ludovico en carne y hueso!

—Pero di—prosiguió el pescador—¿por qué no me abrazas como acostumbras cuando vuelvo de viaje? ¿Por qué tienes miedo?

Alegre tendió los brazos exclamando:

—¡Qué bueno es usted!

Fué fortísimo el abrazo, y dulce, muy dulce, el beso del perdón.

Ludovico decía para sus adentros: "¡Qué valen una **Gaviota** ni cien en cambio de no hacer llorar a este buen chico!"

—¡Nada, tromba!—había respondido el tío Jorge, que con las manos en los bolsillos y la pipa en la boca se marchaba satisfecho a seguir sus interrumpidas faenas. En casa de tío Jorge no sellaban plata.

—¡Oh, sí! ¡Qué buena es usted!

—Me alegro; adiós, hasta mañana, no faltes; me voy por que tengo muchos quehaceres. ¡No faltes!

¡Que no faltara, cuando sólo la esperanza de verla lo llenaba de alegría, de una alegría ruidosa y explosiva que estallaba en gritos, y piruetas y carreras por todo el parque!

Su **Flor del aire** lo esperaba. ¡Su **Flor del aire!** ¡Cómo se alegraría Margarita cuando al siguiente día le contara la histora de ese nombre!

El capitán Alegre embarcóse, y como soplaba una dulce brisilla desplegó la blanca vela del bote y se dejó llevar mecido por los recuerdos de aquellos días en que los dos, sin más testigos que Tell, se contaban lo que las mariposas pueden contar a las flores.

XXXIII

EL ULTIMO BESO

Cuando Alegre volvió al fondeadero, encontróse al tío Jorge, que con dos hombres de tierra adentro se embarcaba en la **Bella Italia**.

—¡Eh, capitán! ¿cómo se porta tu cáscara de nuez?

—¡Es espléndida, tío Jorge! Mejor no podría ser, ni soñada.

—¿Sí? Me alegro: así sentirás menos tu **Gaviota**, y además conviene que los regalos salgan al gusto de uno, ¡tromba! ¿No quieres venir con nosotros?

—¿Y adónde van?

—A cortar leña; volveremos a la tarde; cuestión de pocas horas.

—¿Y podré ayudarles?

—Si ese es tu gusto... aunque no han de estar tus ensambladuras bien calafateadas todavía. Sube, muchacho; por Ludovico y Marta no te aflijas; precisamente me encargaron que te llévara, si querías; ya van para cuatro dias que no sales del muelle.....

La lengua del viejo marino iba a despeñarse. Para evitarlo, Alegre saltó a bordo, amarrando a popa su **Flor del aire.**

La ancha vela de la **Bella Italia** se dió al vien-

Extendieron las pesquisas por las orillas del río, hacia la parte arbolada.

El tío Jorge marchaba delante echando trombas envueltas en nubes de humo. Ludovico le seguía, hundiendo su pierna de palo en el tapiz de ramas y las hojas que alfombraban el suelo y se quebraban crujiendo bajo ella.

No caminaron mucho. El tío Jorge había visto algo.

—Corre, Ludovico; pero ¡tromba! no hagas tanto ruido con esa pata que el diablo se lleve.

Y, sin embargo, Ludovico no corría tan ligero como hubiera deseado.

Y valía la pena correr, porque era lindo el cuadro que contemplaron los dos pescadores a cuatro pasos de distancia. Alegre dormía tranquilamente, como si en su vida hubiera dormido, con un sueño profundo, entre las prominentes raíces de un **ombú** inmenso.

—Anda, Ludovico, levántalo, sin despertarlo, a ver si lo llevamos dormido. Vamos deja, yo lo haré mejor, ya te lo daré.

El tío Jorge tenía brazos de madre para Alegre; pero así y todo lo despertó.

Alegre abrió los ojos, y frío de terror volviólos a cerrar, tartamudeando:

—¡Oh, usted ya ha venido!

El marino se echó a reír.

¡Era posible! ¡Se sonreía! ¡No estaba, pues, enojado!

—¿Y nada me dice?—murmuró Alegre.

—¿Qué quieres que te diga, hijo mío?

—Bueno; ahora prométeme una cosa, Ludovico.

—Sí, sí, lo que quieras; dí ¿qué es?

—Que lo olvides todo, que olvides la **Gaviota**, que olvides la desobediencia, y que cuando venga Alegre le des un abrazo apretado y un beso en la frente.

¡Olvidar la **Gaviota**, la niña mimada de Cruz Chica! ¡Cómo iba a olvidar su **Gaviota!**

—¡Eso, eso; que no lo riñas! ¡Pobrecito, bastante dolorido está, tromba!

Venció la bondad.

—Bueno, bueno; ya que así lo quieren, así se hará; lo abrazaré y le daré un beso.

Y añadió en una explosión de ternura:

—¡Qué valen una **Gaviota** ni cien a la par de mi Alegre!

—Sí, y a todo esto, ¿dónde estará el muchacho? porque es lo primero de lo primero.

—Pues hay que llamarlo.

—No, hay que buscarlo.

—Pero ¿por qué ha de haberse escondido?

—¡Tromba! ¡Pues de miedo!

—¡Pobre chico!— murmuró Ludovico.—¡Ea, a buscarlo!

Y salieron los dos.

En la quinta no podía estar: ninguna embarcación había cruzado el río: todas estaban en el fondeadero. En la playa no estaba, en el pueblo tampoco; nadie sabía de él, no quedaba otra parte donde pudiera estar sino el monte, tierra adentro.

to, y la embarcación, temblorosa de gusto, dejó el muelle, navegando río arriba y llevándose a remolque el bote de Alegre.

Una de las industrias del tío Jorge era la corta de la leña con que abastecía el pueblo.

De cuando en cuando embarcábase con dos o tres leñadores de tierra adentro que conocían bien el monte, y a algunos kilómetros de Cruz Chica, donde era más espeso, desembarcaban. La corta se hacía en la orilla, lo más cerca posible de la barca, para ahorrarse el trabajo de traer la leña de larga distancia.

El tío Jorge, como casi todos los del pueblo, era medio anfibio: manejaba el remo como el mejor remero del mundo, y revoleaba el hacha como el más diestro leñador.

Alegre más de una vez lo había acompañado. También el negrillo cortaba leña que daba gusto verle; pero aquel día, con las reliquias de la noche del Peñón no estaba para darse tales lujos. Tampoco el tío Jorge lo hubiera dejado. Gracias que le permitiera guiar la embarcación, lo que el muchacho hacía como un lobo envejecido con la caña del gobernalle en la mano.

¿Pero qué le importaba a él eso? ¿Un par de hachazos más o menos no iban a amenguar la felicidad que le había inundado el alma con la sola esperanza de ver a la chiquilla a la mañana siguiente.

El tío Jorge, zorro viejo, no dejó de notar el cambio. Pocas horas antes, aun estaba la lin-

da carita del chico sombría, como si la nube de un pesar nublara el cielo de sus aspiraciones.

—¡Malo!— había gruñido el viejo marino.—¡Mar de fondo, tromba!

Ahora no; ahora decía otra cosa. Bastaba mirarlo para adivinar en el brillo de sus parleros ojos la llama de un regocijo intenso; el grumete estaba alegre, con esa alegría expansiva que le había valido el nombre que llevaba.

—¡Bueno!—se dijo el pescador.—Ya despejan las nubes; buen tiempo, ¡tromba!

El joven timonel miraba al lobo de mar, que a su vez lo miraba a él. ¿Porf qué lo miraría así? ¿De dónde aquella sonrisa que jugaba en sus labios?

El tío Jorge adivinó los deseos del muchacho. Acercóse a él, y, afirmándose en la borda, le dijo:

—¿Quieres pasar un buen rato de palique, Alegre?

—¡Cómo no! Si usted quiere.

—¿Qué te parece el día?

Cuando no se sabe cómo romper una conversación, la meteorología es un tópico muy interesante. Pero aquella vez la pregunta del marino no carecía de intención.

Alegre paseó la vista por el cielo. Estaba profundamente azul, aunque manchado a trechos por nubes descabelladas, que estiraban las greñas hacia un punto misterioso del espacio. El sol brillaba limpio, radiante, orlando de plata los visos de las nubes.

—¡Espléndido!—respondió Alegre.

—¿Se hundió?—insistió el pescador cerrando los puños y golpeando el suelo con su pierna de palo.

—Se la tragó el mar anoche.

—¿Y quién tuvo la culpa?

Marta se abrazó al cuello de su marido.

—¡Me oirás? ¿Me escucharás hasta el fin? Prométemelo.

—Bueno, bueno; escucharé hasta el fin: hasta el fin seré mudo: habla.

La buena mujer habló con toda la elocuencia de una madre que quiere rescatar a su hijo. De vez en cuando el tío Jorge la remolcaba. Toda la aventura del Peñón desfiló ante los ojos de Ludovico evocada por Marta y por Jorge. Algunas gotas de frío sudor corrían por la frente del marino. ¡Su **Gaviota!** ¡La niña de sus ojos!

La narradora iba a terminar; Ludovico escuchaba sin respirar para no perder sílaba; después respiró con desahogo como si le hubieran quitado una mole de encima.

—¡Eres un héroe, Jorge!—exclamó estrechando en los brazos a su amigo.—Gracias; sin tí no tendríamos a Alegre.

—¡Psh!—murmuró el héroe sacudiendo la cabeza y dejándose abrazar.—Eso y mucho más lo hubieras hecho tú, lo hubiera hecho cualquiera.

—Yo sí, porque quiero al chico como si fuera hijo mío; pero tú, que no eres su padre...

—¡Oh! ¿Y crees tú que no lo quiero acaso? ¡Tromba si lo quiero!

Y estrechó en fortísimo abrazo a su amigo.

Y en tanto, el tío Jorge busca que te busca al fugitivo en el pueblo, en la playa, en el fondeadero, en la **Bella Italia**, en la **Parma** y en cuanta embarcación había con bodega habitable. Ni rastros del muchacho.

—¿Y lo hallaste?—preguntó Ludovico, viendo regresar cariacontecido a su amigo.

—No; se ha hecho humo, ¡tromba!

—Andará en la **Gaviota**; no la he visto en el muelle.

—Puede que esté; pero por estos lados no hay ni señales de él.

—¡Cómo!— exclamó Marta, afligida por aquella nueva desaparición y sin caer en cuenta de los planes de tío Jorge.— Qué, ¿no está Alegre? ¡Hipo de mi alma, dónde se habrá ido!

—Andará en la **Gaviota**; ya volverá luego.

—¡Qué **Gaviota** ni qué niño muerto, si....

Una señal del tío Jorge le cortó la palabra en los labios.

—¡Vamos!—dijo el marido mirándola.—¿Qué ibas a decir?

La buena mujer, sin mirar al viejo marino que le hacía señales desesperadas de silencio, sintióse incapaz de mentir esta vez.

—¿Qué ibas a decir, mujer?

—¡Que ya no hay **Gaviota**!

—¡Cómo! ¿Y dónde está? ¿Qué ha sido de ella?

—Se hundió —respondió tristemente el tío Jorge, que no podía contener ya la despeñada conversación.

—¡Ah! ¿Espléndido? Ya sabía que dirías eso: y no diré yo lo contrario; pero no te fíes: esta noche, con día espléndido y todo, tendremos fiesta.

—¿Sí? ¿Y por qué dice que sabía lo que yo iba a contestar?

—¿Estás alegre, no es cierto?

—Sí.

—Mucho, ¿eh?

—Mucho, si usted quiere.

—Pues ahí está la causa; por eso tenía para mí que el día te iba a parecer espléndido, cuando no es sino uno de tantos limpios de ventolina y truenos como tenemos en el año. Apuesto lo que quieras a que seta mañana no pensabas lo mismo y es que estabas triste; y ahora, como si te hubieran dado un chapuzón de dicha, estás alegre y con más ganas de retozar que un delfín.

Y era verdad. El tío Jorge tenía buen olfato.

—¿Y qué me dices de la chiquilla? ¿La has visto?

—Dicen que aun no está bien —respondió el muchacho;—pero no la he visto todvaía.

—¿No?

—Pero la voy a ver pronto.

—¿Cuando?

—Mañana.

—¿Y le darás expresiones de mi parte? La quiero porque es linda como una aurora, y aunque no lo fuera la querría porque la quieres tú.

—Se las daré, tío **Jorge**.

—Aunque dudo, ¡tromba! que ella sepa algo de mí.

—Es cierto, no lo conoce; pero yo le hablaré de usted, le diré que usted la salvó y me salvó a mí; ella lo querrá como lo quiero yo, y después, cuando esté sana, algún día pasearemos los tres en la **Bella Italia** o en la **Flor del aire.**

—¿Sí?—preguntó el tío Jorge con tal gesto de duda que hizo impresión en el entusiasmado Alegre.— ¡Ojalá Dios te oiga!

—¿Pero usted no cree que sanará pronto?—se atrevió a preguntar él en voz baja.

—No es eso; al contrario quizás esté sana ya; no era el mal para tanto; y me alegro, porque si por mí fuera y lo necesitara cualquiera de vosotros, el cuero me sacaría yo para cubriros, ¡tromba!

—¡Oh, gracias, tío Jorge!

—Aparte de que Dios haría un milagro, si fuese preciso, para dejarte contento.

La **Bella Italia** no perdía tiempo. Corría dejando atrás todos aquellos cuadros tan conocidos de Alegre. Mientras más avanzaba, mayores dificultades iba encontrando en remontar el río. Ya era un banco de arena, ya un islote, de los que estaba sembrado su lecho; a veces algunos árboles arrancados de cuajo por el huracán y atravesados en el río. Pero siempre el tío Jorge, que había tomado el timón, buscaba un pasadizo y lo encontraba.

Poco más allá no fueron ni los árboles, ni los bajíos, ni los islotes los que saliendo al paso decían: "Aquí estamos, no pasarás de aquí" Fue

seguro de alcanzar el perdón para Alegre; empresa delicada, como que tenía en contra la más linda embarcación de Cruz Chica hecha astillas en el "Peñón de las gaviotas".

Ludovico, entre galos de menor cuantía, traía un corte de vestido para su mujer y un traje flamante de marino para el negrillo.

—¡Alegre, Alegre, ven acá!—gritó, creyéndole en la habitación contigua.

Pero los vidrios de la ventana retemblaron inútilmente; Alegre no estaba por allí.

Sentado sobre un rollo de cables, mirando siempre hacia la quinta y envidiando a las golondrinas que en su fácil vuelo iban y volvían, cien veces en un minuto, del **chalet** al muelle y del muelle al **chalet**, no advirtió que la vela de una embarcación venía contorneando la playa con rumbo a Cruz Chica.

Era la **Parma.**

La vió sólo cuando se mojaba ya en las aguas del riacho; y lleno de un miedo cerval al sólo imaginarse el gesto airado que pondría el buen marino cuando le contaran lo de la **Gaviota**, huyó a esconderse en el monte.

No volvió el rostro hasta que llegó a los primeros árboles; detúvose, miró, y viendo que la **Parma** había atracado ya, entróle de nuevo un terror pánico y corrió hasta que sus piernas doloridas no pudieron más. Se dejó caer a la sombra de un **ombú**, y, escondiendo la carita entre las manos se puso a llorar. Con las lágrimas vínole sueño y se quedó dormido.

Alegre, hasta que dió con nosotros, había vivido sin más cariño que el de su perro; con nosotros pudo resarcirse de las hambres atrasadas de amor, aunque sólo del amor de padres que le han faltado. Mas ¿y el de hermanos? ¿Qué me dice usted, tío Jorge? Todos los chicos tiene compañeros de su edad con quienes jugar y a quienes querer, hermanos unas veces, amigos otras. Alegre, no; el pobrecito no conoció hermanos ni amigos; tío Jorge, usted lo sabe: en el pueblo, entre los chicos de su estatura, no los ha encontrado, porque es más fuerte, más inteligente y más hábil que ellos, y aborrecen a Alegre. El no los odia, porque es tan bueno que no sabe odiar; pero se ha vuelto huraño, y no se junta con nadie porque nadie lo quiere. Ya ve usted que el terreno estaba abonado; sólo faltaba echar la semilla. Un día vió a Margarita: a la pobre le pasaba lo mismo; se aburría en su soledad, sin padres porque los suyos apenas se acuerdan de ella; sin hermanitos, y en manos de una inglesa más seca que un pajonal. En cuanto vió a Alegre, por un lado la chispa, por el otro la yesca, se prendió el fuego.

—Y arde ¡tromba y arderá: lo que me admira es que ustedes, las mujeres, adivinan cosas que a nosotros ni de lejos se nos ocurren.

—Intríngulis del corazón, tío Jorge.

A la tarde llegó Ludovico. Venía contento porque había realizado un buen negocio.

El tío Jorge, ayudándole a descargar lo que traía del pueblo, no le habló una palabra del suceso del día anterior. Se lo diría cuando estuviera

el mismo río, cuyo caudal había disminuído a tal extremo, que la **Bella Italia** no encontraba bajo la quilla más de un pie de agua.

No era posible ni necesario avanzar más; el monte a una cuadra de allí era espesísimo; un caballo matalón aguardaba, amarrado a un árbol, a los leñadores. Así la tarea de llevar a la orilla la leña sería más fácil, y el cargarla asunto muy sencillo.

La **Bella Italia** se acostó a la ribera y todos echáronse a tierra provistos de sus hachas. Alegre iba a estar de mirón; no tenía herramienta. Felizmente para él, había a bordo una de abordaje que serviría a lo sumo para cortar la ramazón de los árboles derribados. Era la única faena a que podía dedicarse sin que se le resintiera el casco, como dijo el tío Jorge al darle permiso para ello.

Pronto el monte se pobló del grato rumor de hachazos. De cuando en cuando oíase la agria protesta de algún gigante de la selva, que se desgajaba crujiendo de dolor; y allí de Alegre, que se entregaba con fruición a mutilarlos con la hacheta, privándolos de aquella ramazón que fué pompa y orgullo de su vejez.

Talas, algarrobos, ñandubays, todos buenos para el fuego, pagaron su tributo al tío Jorge, el mejor leñador de aquellos lados que con media docena de golpes abatía al más robusto de los gigantes aquellos.

A cosa de las cinco de la tarde, bien cargada de leña, ciñendo al viento y ayudada por la corriente, la **Bella Italia** emprendió el regreso.

El descenso se hacía más rápidamente que la subida a pesar del viento, cosa que no disgustaba a Alegre, impaciente por respirar los aires que respiraba su amiguita.

Aun cuando faltaba mucho, las miradas del muchacho estaban fijas en la quinta, cuyos primeros árboles se divisaban ya. Algo extraño debió ver, porque yendo a popa, donde estaba el tío Jorge, le dijo:

—Usted debe tener buena vista, ¿no?

—No tanto como la tuya; tú eres joven y yo soy viejo.

—Sin embargo, no alcanzo a distinguir aquello—y señaló hacia el parque;—eso blanco, extendido a lo largo del río.

El tío Jorge miró en la dirección indicada frunciendo el entrecejo y sombreando sus ojos con la mano puesta en las cejas.

—¿Qué es?

—No veo bien; toma.

Entregó el gobernalle a Alegre y se paró.

—¡Tromba! ¿Sabes que es el **Relámpago?**

—¡El **Relámpago!** —exclamó el muchacho parándose también.— ¡Tiene razón, es el vaporcito! ¿Y a qué vendrá?

—Hombre, no se me alcanza, quizás.... Vamos, no sé nada.

—¿Nada, nada?

—De cierto nada. Quizás haya venido a traer a la señora de Alvarado.

—¿Le habrán dicho que Margarita está enferma?

—¡Ah, tío Jorge! Cuando yo digo que la chiquilla le tiene a interés el corazón.

—Pues me gusta; mira si es linda la criatura; rubia como un sol que se levanta, con unos ojos más azules que el mar. ¡Tromba si es linda!

—Lo que digo yo; tiene muchísima razón en querer.a, y si ella le paga....

—Me parece que sí, aunque él dice que no.

—¿Eso le dijo?

—Sí, eso me dijo; no pude sacarle una palabra más, y aun tuve que correr algunas bordadas, porque es vergonzoso y esquivó como un gamo para sacarle la confesión de lo que él guarda para ella.

——Trabajo inútil, tío Jorge; hace tiempo que yo lo sé; como no me duermo en las pajas y sé que donde fuego se hace humo sale; en cuanto vi el humo en el desasosiego y en la impaciencia que hervía en el chico, busqué el fuego y le hallé en lo mejor de una siesta, lo pesqué llevando en bote a la niña; me gustó, y desde entonces el camino de Alegre no tuvo estorbo; la cosa marchaba como sobre rieles. Lo raro es que en la quinta no hayan maliciado nada.

—¡Nada, nada! Esa gente no tiene ojos más que para mirar por sí.

—Así es, y mejor que lo sea; pobrecitos, que se quieran; eso no es pecado.

—Pero temprano despiertan, ¡tromba! Mira que Alegre, aunque robusto y fornido como un mástil, no tiene más que doce años, y en la chiquilla los once estarán pintones todavía.

—Temprano es pero no es raro. El pobre

Fnlton señaló un aumento anormal de temperatura. Tnía fiebre; sus mejillas encendidas y su frente ardorosa corroboraban el fallo del instrumento.

El delirio afirmó lo mismo una hora después.

Y mientras tanto, Alegre, de vuelta ya con tan pocas noticias, clavado en el muelle de Cruz Chica, no hacía más que mirar hacia el **chalet,** como si sus ojos, dotados del don de traspasar arboledas y paredes, contemplaran a la niña tendida en la camita de colgaduras azules, como un cielo de primavera.

El tío Jorge lo dejaba en tal guisa; comprendía lo que pasaba en el alma del muchacho.

—Dejémosle; no se irá esta vez sin permiso; gato escaldado huye del agua fría.... ¡Pobrecillo! lo menos hace dos horas que está clavado en el mismo sitio. ¡Tromba, si es bravo el mal que tiene! Mal de amores, como dice Marta; enfermo por una chiquilla de ojos azules, más linda que una brisa de popa; pero ¡qué diablos! también el chico es hermoso; y si ella lo quiere, tiene mil veces razón; también lo quiero yo, sin que sea mi hijo: lo quiero como si lo tuviera inscrustado en las entretelas del alma.

Y el tío Jorge, balanceándose y echando humo como un transatlántico hacía rumbo a la casa de Marta.

—Marta —decíale,— allí tienes a Alegrito encallado en el muelle, proa al Sur, atisbando lo que pasa en la quinta.

—No lo creo; la cosa no es para tanto.

—¿Y no habrá venido a llevársela?

El tio Jorge estuvo a punto de largar un "precisamente es lo que temo", pero se mordió a tiempo la lengua, viendo la ansiedad con que el chico esperaba su respuesta, como la de un oráculo.

—No, no es posible —respondió;— el aire del cámpo y más aún el del mar, son los mejores médicos que yo conozco; ni en Buenos Aires los hay iguales.

No tardó mucho la **Bella Italia** en pasar frente al **Relámpago,** amarrado al muelle. Nadie había en la orilla del río, y a bordo sólo el maquinista que en aquel momento bruñía los herrajes de la máquina.

En cuanto la embarcación atracó al muelle de Cruz Chica, Alegre saltó a su bote y se disponía a cruzar el río, cuando oyó que lo llamaban. Era Toño que acababa de subir a la **Bella Italia.**

—¡Alegre!— le dijo.

El niño levantó la cabeza.

—Hace una hora que te buscan.

—¿A mí?

—Sí; no podía hallarte; en tu casa me dijeron que estabas en el monte.

—¿Y para qué me buscabas?

—Yo, para nada....

—Y entonces? —preguntó impaciente el muchachó.

—Te busca Clara.

—¿Quièn es Clara?

—La mucama de Margarita.

—¡Ah! ¿Y hace una hora?

—Sí, tal vez más; y eso que me encargó que te lo dijera pronto....

Flor del aire huyó con su capitán, veloz como una golondrina. En medio segundo estuvo del otro lado. Y sin embargo era lerda al lado del pensamiento de su dueño, que había hecho ya cien mil leguas de conjeturas, llenándose el ánimo de temores.

Esa tarde, cuando los rayos del sol que se acostaba entraban de lleno por la ventana del cuarto de Margarita, llenándolo de luz y de alegría, incorporóse en el lecho. Cualquiera la hubiera creído sana.

—Clara.......—dijo; pero un estridente silbido que venía de afuera le cortó la palabra.

—¿Qué es eso?

—No sé; parece la sirena del **Relámpago**.

Era el vaporcito que entraba a toda máquina.

—¿Entonces, vendrá mamá?—preguntó la niña llena de alegría.

—Puede ser; no te levantes; espérame, voy a ver.

Margarita cerró los ojos y reclinó su rubia cabecita sobre las almohadas, mientras en sus labios aleteaba una sonrisa. Su mamá venía estaba segura, la iba a ver después de tanto tiempo de ausencia; la esperanza la halagaba dulcemente y cerraba los ojos para que fuera el hermoso rostro de su mamá la primera cosa que vieran al abrirse.

Algunos minutos pasó así; cansada ya de estar en voluntarias tinieblas y temiendo dormirse,

—¿Y Alegre? —fué el primer gorjeo del pajarillo.

—¿Y quién es Alegre?

—¿No sabes?

—¡Ah, ya... ¿Tu ámigo, el dueño de la **Gaviota?**

Clara no conocía a Alegre; oyó hablar de él la noche antes al tío Jorge. Debía de ser un héroe aquel viejo pescador: pero la muchacha no estaba enterada a punto fijo de lo que valen los héroes, y se olvidó del nombre del negrillo.

—Sí, es el dueño del bote; sin él me hubiera ahogado, ¿sabes? ¿No lo has visto? ¿Estará sano?

Por el interés con que la niña preguntaba por él, dedujo Clara el que le inspiraría el muchacho; y aunque no sabía si estaba muerto o vivo, no vaciló en mentir del modo más grato para su joven ama.

Tranquilizada ésta, no tardó en cerrar los ojos para caer en un sopor dulce y tranquilo.

¡Qué hermoso es el sueño de los ángeles! Margarita, durmiendo, era un ángel con los ojos cerrados. Su inocente imaginación, como avecilla inquieta no hacía más que cambiar de jaula. Volaba del mundo real al mundo de los sueños. Y ganaba en el cambio. Las realidades de sus sueños eran de oro; en ellas no había escorias, como en las realidades del mundo.

El sueño de Margarita era tan dulce que Clara la creyó sana del todo.

No obstante, el infalible termómetro de miss

XXXI

CORAZON DE PADRE

Alegre era presa de un malestar indefinible. Un cúmulo de ideas tristes se le había incrustado en el cerebro.

Su amiguita estaba enferma. La dulce niña no había podido resistir, como él, los horrores de la espantosa noche pasada en el "Peñón de las gaviotas".

En su camita ya, adonde la llevaron los denodados brazos del tio Jorge, cayó en un delirio tranquilo, anunciador de la fiebre que empezaba a arder en sus sacudidos nervios.

La noche la pasó en brazos de Clara, la criada favorita. Miss Fulton, de pura corajina, había atrapado una terrible jaqueca, y no quiso verla.

Sólo a las nueve de la mañana, revestida de su británica flema, tiesa, imperturbarble, al parecer, fría como salida de una nevera, apareció la miss en el cuarto de su discípula.

La chiquilla no la necesitaba ya; estaba mejor a solas con Clara hablando... ¿de qué podía hablar aquel angelito de diez primaveras? Hablaba de Alegre. Al despertar, el recuerdo voló a su amigo, al que cien veces la había salvado en una sola noche.

iba a abrirlos a hurtadillas, pero la detuvo el ruido de unos pasos. La puerta se abrió chirriando débilmente.

Entonces ella abrió los djos y miró de golpe Era Clara y nadie más.

—¡Oh!—exclamó con un mohín de disgusto.—¿Y mamá?

—No ha venido; creí que estabas durmiendo.

La chiquilla tuvo vergüenza de confesar su inocente juego.

—¿Y por qué está ahí el **Relámpago**?

—Ha venido a llevarte para que te vean los médicos.

—Pero si estoy casi sana.

—Mejor, así curarás del todo.

—¿Y cuándo me lleva?

—Mañana a las ocho; miss Fulton escribió a tu mamá; pero como ella no quiere volver a Cruz Cilica, ha mandado el vapor.

—¿Y por qué no ha venido ella?

—Tonta; mañana es Carnaval; tu mamá no querrá perder los bailes.

Margarita cerró los ojos. Aquella diversión que le robaba a su mamá, parecíale un insulto: ¿acaso no valía ella más que todos los carnavales del mundo?

"Para Alegre sí", pensó y no se atrevió a pensar que para su mamá....

Margarita sintió en el pecho un desgarramiento como si el alma se le rompiera con la ilusión de ver a la madre adorada. Sus lindos ojos se llenaron de lágrmsa.

—Dime, Margarita, ¿no te quieres ir?

La chiquilla pensó en algo que la hizo enrojecer, pero nada respondió.

—¿No te gustaría?—insistía la criada.—¿Por qué no te había de gustar?

—Pero si yo no he dicho nada.

—Dime la verdad; si ahora mismo quisieran llevarte, ¿irías contenta?

La niña no quería venderse, pero se vendió, apremiada por las preguntas de Clara.

—¿No ves? Ya decía yo; pero ¿por qué?

Esto era lo más difícil de responder, no porque la chica no ardiera en deseos de hacerlo, sino porque tenía vergüenza, vergüenza de hablar, vergüenza de que descubrieran el tesoro que guardaba en el corazón. Había podido preguntar por Alegre tres días antes, cuando aun le duraba la emoción de la tremenda noche; pero ahora no, ahora, no se atrevía ni a nombrarlo, y sin embargo.... se rindió. Hizo señas a la criada para que se agachara y le dijo al oído:

—Quisiera ver a Alegre antes de irme.

—¿De veras? Pues me lo hubieras dicho antes.

—Es que como mañana me voy....

—Entonces lo hago venir ahora mismo, ¿quieres?

El brillo que adquirió la mirada de la niña y el carmín que le tiñó la frente respondieron mejor de lo que hubiera respondido ella misma.

Clara comprendió aquello. Recomendó que se estuviera quieta para que a miss Fulton no se

—Bueno, me alegro que no haya nada malo; y dile a tu desdichada inglesa que si ella hubiera estado anoche en lugar de Margarita, por mi parte se la comen los pescados, ¡tromba!

a levantarme; ahora voy a volar en círculos lentamente sobre el nivel del piso; ahora estoy volando ligero; ahora estoy volando más ligero."

"Entonces la gente comienza a oír un ruido sibilante y como de roce; es la piedra o el hacha atada al cabo suelto de la cuerda. El shamán está ahora volando en círculos tan ligeros que la fuerza centrífuga hace que el martillo colgado de la punta de la cuerda produzca el ruido; si alguien abriera los ojos, aunque fuera un poquito, para ver lo que estaba pasando, el martillo le golpearía la cabeza, matándolo al instante. Por consiguiente, cuanto más fuerte es el ruido tanto más aprietan los ojos, y con mayor firmeza mantienen los padres las manos sobre los ojos de sus hijos.

"Mientras el martillo continúa produciendo su ruido, la voz del shamán se oye que dice: "Ahora me estoy elevando sobre vuestras cabezas; ahora me esoty acercando al techo; ahora estoy a punto de pasar por la ventana." Entonces la voz se vuelve cada vez más débil, y el shamán se levanta hacia el techo, y sale volando por la ventana; finalmente el ruido muere a la distancia.

"Durante media hora o más, los presentes se sientan en absoluto silencio con los ojos cerrados, y después se oye de nuevo la voz del shamán: "Ahora estoy volviendo a pasar por la ventana; ahora estoy bajando; ahora estoy en el suelo; ahora podéis abrir los ojos y encender las luces." Se encienden las luces y ¡oh! maravilla, allí se halla el shamán sentado exactamente en el mismo lugar en que se encontraba cuando se apagaron las luces tres cuartos de hora antes.

Alguien desata al shamán, y éste relata a su atento auditorio las aventuras de su vuelo espiritual; fue a la luna y se acercó al hombre de la luna; no se atrevió a entrar, pero esperó fuera hasta que la esposa del hombre de la luna salió y lo invitó a pasar adelante. Poco después el hombre de la luna llegó a casa de regreso de una cacería de renos, trayendo consigo una carga de carne y cierto número de huesos con médula. Con la carne del reno se preparó la comida, y después los tres devoraron los huesos con médula hasta el punto que éstos formaban un gran montón en el suelo.

"El hombre de la luna dijo que el año pasado la cacería de renos había sido muy buena, pero que este año era mucho mejor; el reno de la luna este año estuvo más gordo que lo de ordinario, lo que indudablemente se debía al hecho de que el estío había sido frío y no había habido muchos mosquitos.

"La esposa del hombre de la luna también tomó parte en la conversación, diciendo que ya se habían procurado en abundancia pieles para vestir el próximo invierno, y que en cuanto los tendones que les sirven para coser, ya tenían bastantes para dos años. Ella preguntó por la esposa del shamán, si su chiquito había comenzado a matar chochas de nieve, si el pueblo de la aldea del shamán respetaba todos los reglamentos cuidadosamente (tabús prohibiciones religiosas) y que quien era el que había quebrantado algunos, pues sabía por el vapor que subía de la aldea que, alguien se había extraviado.

El schamán había contestado las preguntas como mejor pudo, sintiendo que cierta joven había descuidado la costura de la piel de reno poco después de matar las ballenas blancas, y otras varias cosas de esta clase que el shamán se vió obligado a decir, pues era un hombre verás y tenía que confesar, aunque se avergonzaba de sus compatriotas, y con gusto abría ocultado los hechos a la gente de la luna.

El tiempo no se mide de la misma manera en la luna que en la tierra, dice el shamán, y en realidad él ha estado en la luna largo tiempo, aunque en la tierra pareció muy corta su ausencia. El se demoró, asistió a las fiestas y conversó, pero al fin su visita terminó y tuvo que regresar, prometiendo al hombre de la luna vistarlo el siguiente año.

"Al terminar la narración del shamán, se efectúa una discusión general, en la cual toman parte las mujeres y los hombres, y por último cuando la gente se cansa y siente sueño, se dispersan y vuelven a sus casas.

"Un día estaba explicando yo a mis esquimales que había montañas en la luna, y me interné en los detalles de las características topográficas del satélite, la descripción que yo dí no coincidió con la opinión que tenían los esquimales, y me preguntaron como sabía yo que así eran esas cosas.

"Les expliqué que teníamos telescopios tan largos como los mástiles de los buques y que con ellos veíamos las cosas de la superficie de la luna. ¿Pero ha estado alguna vez un blanco en la luna?" me preguntaron, y cuando contesté que nadie había estado, me dijeron que aunque ellos no tenían telescopios tan largos como los mástiles, tenían hombres veraces que habían estado en la luna, paseado en ella y visto todo, y que habían regresado y les habían contado lo visto. Con toda diferencia a la ingenuidad de los blancos, ellos pensaban que en las circunstancias en que se hallaban, los esquimales debían estar mejor in-

---

formados que los blancos en cuanto a los hechos relativos a la luna.

"Os parecería a vosotros, lectores, que estas nociones que hemos descrito son extraordinarias, opiniones insostenibles, y que sería fácil desengañar a los hombres que las abrigan; pero si alguna vez habéis tratado de cambiar las ideas religiosas de alguno de vuestros compatriotas de modo que coincida con la vuestra, sabréis que el conocimiento que se deriva de la fé, no es cosa fácil de conmover.

"En cierta ocasión hice una corta permanencia en Punta Atkinson, donde existe una aldea de esquimales cristianizados que se había nreunido alrededor de un invernadero de un buque ballenero, el North Star. El Capitán del navío, Mateo Anderson, y yo conversamos largo rato con un joven esquimal que había vivido mucho tiempo en la casa de la iglesia del misionero inglés Mr. Fray, y que era considerado por el resto de los esquimales como una autoridad en las doctrinas de la iglesia.

"Yo le pregunté si creía que sus paisanos podian volar a la luna, o de una aldea a la otra, mágicamente. Dijo, y con él había otras seis personas en la casa que convinieron con lo dicho, que el hecho de que muchos individuos pudieran volar a la luna era asunto generalmente conocido, como lo era el de andar con zapatos de nieve o el de poner trampa a las chochas. Pedimos al muchacho que especificase algunas de las personas que podían hacer esto, y entre otras nombró a Alualuck, en cuya casa iba a dormir yo en marcha hacia el Occidente el primer día después de separarme del Capitán Anderson. También especificó a un joven a quien conocí bien, cuyo nombre era Kublualuck, que había estado largo tiempo empleado en la policía de la isla Herschell.

"Alualuck —nos dijo —desgraciadamente ha abrazado el cristianismo, y desde entonces ha dejado de volar, pero Kublualuck todavía no se ha convertido y conserva sus antiguas facultades. Había otros que podrían volar en la aldea, pero pensaba que quizá ninguno de ellos volaría aunque se lo pidieran, porque ahora comprendían que es malo emplear espíritus familiares, y que un hombre no los puede usar sin poner en peligro su salvación.

RESULTADOS DEL BLOQUEO CONTRA ALEMANIA

El Mariscal Foch ha declarado que el bloqueo de Alemania y las medidas militares tomadas por los gobiernos asociados, contribuyeron igualmente a la derrota del enemigo; pero las causas que dieron lugar al colapso de Alemania, se hallan contenidas en un manifiesto militar germánico, que dice así:

(1) El programa de la manufactura de los pertrechos de guerra no se cumplió durante el último año de la lucha, en parte debido a la escasez de materia prima y de alimentos (escasez motivada por el bloqueo), y en parte como resultado de la agitación revolucionaria de los obreros.

(2) Las operaciones de campaña se hicieron cada semana menos efectivas, a partir de junio de 1918, en parte debido a la limitación del equipo militar, pero en mayor grado como resultado de la agitación revolucionaria de las tropas. La agitación antimilitarista, que culminó en un motín que más tarde dió márgen a la revolución en Alemania, se dice que ha sido la causa principal del colapso militar, excediendo a todas las demás influencias de origen alemán.

Hasta que grado representa esta opinión la convicción o la propaganda, no es posible decirlo. Los militares de Alemania se hallarán en mejores condiciones para intentar la renovación del control sobre el pueblo germano, caso de que el gobierno popular fracase, y siempre que manifiesten y confiesen que han sufrido una derrota militar. Pero en 1916 se aseguró oficialmente que la Entente habría sido derrotada de no ser por la provisión de municiones fabricadas en los Estados Unidos, y el colapso experimentado en otoño de 1918 lo fué de las fuerzas militares, no de las civiles.

Las condiciones inferiores en Alemania se hayan hoy reveladas y es interesante analizar y valuar algunos de los detalles relativos a los resultados del bloqueo.

La palabra bloqueo, en el significado general que se le aplica, incluye cuatro procedimientos:

1.—El bloqueo clásico del derecho internacional común-

mente descrito como bloqueo efectivo y legal.

2.—Los convenios de carácter comercial enre las naciones beligerantes con las Potencias Centrales y las naciones neutrales en una posición geográfica favorable para comerciar con las Potencias Centrales.

3.—La prohibición de comerciar con el enemigo, puesta en vigor de acuerdo con la ley sobre el comercio con el enemigo.

4.—La censura de las comunicaciones: comunicaciones por tierra, ferrocarril o agua, por telégrafo e inalámbrico.

El bloqueo en el sentido extricto de la palabra no necesita discusión. La prohibición del comercio con el enemigo y la censura de las comuncaciones no fueron diferentes en esta guerra, con respecto a las pasadas, salvo en la mayor complicación de la lucha moderna, el desarrollo del teléfono y la introducción de la telegrafía inalámbrica que hicieron muy difícil e intrincada la aplicación prohibitiva, aunque plenamente justificada por la importancia de los resultados.

Los convenios de carácter comercial que tenían por objeto la exclusión de los artículos para que no llegaran a poder del enemigo, tuvieron en esta guerra una dignidad y radio de acción proporcionalmente directo a la magnitud de la lucha y a las complicaciones del problema técnico. Esta fue en realidad una guerra de técnica; y las organizaciones del bloqueo de todos los paises contaban con pocos internacionalistas, pero sí con muchos expertos navales y un número inmenso de peritos técnicos en materia de exportación, importación, manufactura, navegación, economía política, física y química.

El principio de estos convenios comerciales era doble: primero, tratar de impedir que el enemigo recibiera artículos que le resultaran vntajosos o necesarios para llevar a cabo la guerra; segundo, evitar la disipación del activo de materiales mediante el esfuerzo de los civilistas en los países de los gobiernos asociados y de los neutrales.

La Junta de Comercio de Guerra americana tenía autorización para expedir licencias de importación y exportación de efectos. El gobierno celebraba tratados con naciones neutrales en materia de comercio. La Junta de Co-

mercio de Guerra expedia licencias a los importadores y exportadores, permitiéndoles ayudar en el embarque de los artículos que procedentes de las naciones neutrales se enviaban a las aliadas, o embarcarlos a ellos consignados a los países neutrales o aliados.

Cinco naciones se hallaban cerca de Alemania: Noruega, Suecia, Dinamarca, Holanda y Suiza, y la Junta de Comercio de Guerra celebró convenios definiendo las condiciones exactas bajo las cuales se expedirían las licencias de exportación e importación. En la aplicación práctica esto significa nada menos que ración.

Las cinco naciones neutrales contiguas a Alemania tenían el permiso de recibir de los países de los gobiernos asociados, licencias de exportación respecto a los artículos en que ya se había convenido de antemano. Ellos aceptaron lo relativo a la limitación, prohibición y reexportación a Alemania de los efectos importados o de sus derivados, así como también el limitar la exportación de los artículos de origen nacional.

En este sistema de raciones se trabajaba con mucho cuidado; los gobiernos asociados se proponían, —al proteger sus propios intereses en la guerra con las Potencias Centrales —perjudicar lo menos posible a las naciones neutrals, proporcionarles una provisión de vituallas normal y adecuada, y facilitarles el mantenimiento de su vida económica; pero no era su intención conceder a estas naciones neutrales para que dichos países se convirtieran en talleres que diesen abasto al enemigo.

Estos convenios de carácter comercial no se confinaron a las naciones neutrales de Europa; celebramos un arreglo con Yucatán, de acuerdo con el cual la Reguladora convino en vender cantidades especificadas de henequén a un precio fijo, en cambio de licencias de exportación de ciertos artículos que ellos necesitaban. Manteníamos inteligencia con las Indias Occidentales Holandesas para el canje de determinados efectos; teníamos convenios comerciales similares con varios países de la América del Sur.

Estos convenios de carácter comercial no han de considerarse como un bloqueo en el sentido antiguo que le da el derecho internacional a la palabra; son simples extensiones y expansiones de los pactos comerciales que se hacen en tiempo de paz. La cláusula relativa a las naciones favorecidas y a las tarifas preferenciales, constituye el primer paso en el sentido de llegar a un convenio mercantil en tiempo de guerra. Las naciones con frecuencia han celebrado convenios de esta naturaleza respecto a ciertos artículos. Un buen ejemplo de esto lo tenemos en el pacto de Suecia y Alemania, en el que se concede a Alemania prioridad sobre la mitad de brosa de hierro que se produce en Kiruna y Gellivara.

En la división del trabajo de los cuatro factores del bloqueo, las cuatro naciones aliadas no participaron de igual manera. So-

bre la Entente recayó la mayor parte del bloqueo por mar y ferrocarril, la prohibición del comercio con el enemigo y la censura; sobre los Estados Unidos recayó principalmente la carga de los convenios comerciales.

Esto es lo que el bloqueo fue, y su efecto fue aislar a las Potencias Centrales, Bulgaria y Turquía; rodearlas con una muralla comercial; establecer, por decirlo así, un estado de sitio económico. Desde que se firmó el armisticio hemos tenido conocimiento suficente de las condiciones de las Potencias Centrales durante la guerra de modo que podemos marcar los resultados del bloqueo año tras año y medir los resultados acumulativos sobre la población civilista, sobre los ejérctos y sobre el armamento.

Los resultados del bloqueo se pueden dividir en tres grupos: el psicológico, el fisiológico y el físico.

Resultados psicológicos del bloqueo.

Para intentar describir la psicología de los alemanes bloqueados, debemos tener en cuenta que hay una sensación subconsciente; que no se recibían cartas de los parientes que recidían en el exterior; que no se despachaba correspondencia; que las casas de comercio perdieron todo el contacto en sus relaciones con el exterior; que el público era incapaz de confiar y de interpretar la prensa extranjera y que tenía que fiarse de las noticias emanadas de fuente militar.

Aunque llegaban los periódicos, las notcias publicadas tenían poco valor, por cuanto como he dicho no había contacto; a pesar de todo el desarrollo de la propaganda, el pueblo germano nò sabía lo que el mundo pensaba de él, como consideraba las perspectivas de Alemania.

Cada vez sabían menos de la suerte de las armas alemanas en sus colonias; cada vez venían menos noticias acerca de los submarinos que no regresaban. Las cosas de la vida diaria a las cuales ellos habían estado acostumbrados, desaparecían una a una; dos años después de comenzada la guerra, los alemanes apenas podían reconocer sus propias normas de vida. Todos los días leían las descripciones oficiales de las victorias; todos los meses se hacía más imposible comprender porqué los enemigos tan contínuamente derrotados no se rendían.

Desde septiembre de 1914 hasta la segunda batalla del Marne, siempre se aludía a Francia con estas palabras: "Francia se está desangrando y agotando." Finalmente vino una lucha entre la fé de los alemanes castigada en una armadura de disciplina y su maravilla y asombro ante la ilimitada regeneración de la sangre francesa. Cada vez apretaban más las cadenas de disciplina que aprisionaban el sentido común del pueblo alemán. Su fe en el gobierno era verdaderamente fanática, su disciplina absoluta; pro el vacío que se había hecho en su mente era un estado anor mal y el sistema nervioso sufrío. En cualquier dirección que se extendieran las armas alemanas en su posesión de territorios conquistados, siempre encontraban la muralla; si el ejército avanzaba 100 kilómetros, la muralla estaba al frente de la primera trinchera; cuando el ejército se retiraba (como lo hacía con frecuencia por razones estratégicas o por cualquier otra causa) la muralla contiñuaba impenetrable. Los cerebros sensibles casi se enloquecieron con esta impre-

sión; los embotados se sumieron más en su apatía.

Con la entrada de los Estados Unidos en la guerra, desapareció prácticamente la esperanza en Alemania, aunque se predicaba el colapso de Rusia como un contra-equivalente de la participación de Norte América. La disciplina maqninal se mantuvo como producto de un egoísmo militarizado. El fanatismo no sólo se conservó, sino que aumentó la esperanza personal que había disminuído. Todo era maquinal: la disciplina que prevalecía en el frente y la que prevalecía en el interior del país; así como también la fe ciega en los Jefes.

No existía en Alemania esa causa admirable, esa esperanza indescriptible, esa fe individual que se sentía en París, de una manera más viva durante los días aciagos a principios del verano de 1918, cuando las legiones alemanas aparentemente lanzaban su fuerza irresistible al sitio de la Ciudad que ya estaba al alcance de sus cañones; nada había tampoco de aquella exaltación. Los alemanes nunca comprendieron porqué Londres no se preocupaba de los ataques aéreos; desde que se firmó el armisticio: se ha dicho con frecuencia en los libros alemanes que "los germanos poseían egoísmo, mientras que los franceses profesaban amor a su patria."

Ahora la atmósfera del país sitiado no era a propósito para la eficiencia industrial; producía apatía en el estúpido y desesperación en el inteligente; pero ninguno de estos estados tendían a la industria. Los alemanes trabajaron fuerte durante la guerra, muy fuerte; pero fue el trabajo del esclavo, no el esfuerzo de la inspiración. La sensación subconsciente del aislamiento no les proporcionaba la manera de llegar al esfuerzo normal: era como la arena bajo los pies. Los resultados psicológicos de los 4 años de vida en una fortaleza sitiada habían tenido muchísimo que ver con la reacción del pueblo alemán con la solicitud de un armisticio; la nación se desengañó de súbito; perdió su fe fanática en la dinastía real y militar, y entró de lleno en la revolución.

Los resultados puramente psicológicos del aislamiento quedaron supeditados a los resultados fisiológicos del bloqueo; desde el segundo año de la guerra hubo privaciones crecientes: había tres clases de escasez de alimento que directamente producían su efecto sobre el consumidor: la primera era la escasez del alimento mismo, reducción en calorías, en proteína y en grasa; la segunda era la pérdida de libertad de selección en la compra del alimento, a causa del establecimiento del sistema de tarjeta; la tercera era la pérdida de variedad en el régimen alimenticio.

El sistema de aporcionamiento adoptado en septiembre de 1918 para el quinto invierno de la guerra, fue el mejor de toda la serie; se anunció que entraría en vigor el mismo día en que se pidió el armisticio, un aumento positivo en la ración del pan y de la harina.

Al intensificarse el bloqueo las provisiones que se recibían de ultramar desaparecieron gradualmente de los mercados, especialmente durante los dos últimos años. En vez de una elección entre el té, el café y el chocolate, a los alemanes no les quedaba otro recurso que el café de malta y el té de hierbas. Esto no habría estado tan mal si la cerveza hubiera sido lo mismo que antes en calidad y en cantidad. Las varias especias que se recibían de las colonias habían desaparecido

de los mercados, no dejando más que la sal y la mostaza.

Uno de los resultados de la escasa ración de carne y de grasas, fue la de obligar la preparación de alimentos en forma de sopa; la ración de carne no era lo suficiente para guisarla como vianda, de manera que siempre se asaba y se cosía de modo que comunicara el mayor sabor posible.

Si leemos las descripciones de las exploraciones polares, se encontrará con frecuencia como los pensamientos de los hombres se centralizan en el alimento, y a medida que pasa el tiempo el único tema de las conversaciones es que han de comer la primera semana después de volver al mundo civilizado. Tal fue la situación del pueblo alemán durante dos años. Uno de los principales motivos de la paz, fue el de volver al régimen alimenticio normal. Cuando el que esto escribe estuvo en Alemania en febrero de 1919, los observadores cuidadosos describieron la reacción a la dieta como una positiva psicosis, casi mórbida.

Resultados físicos del bloqueo.

Los reshultados físicos del bloqueo de Alemania culminaron en la retardación del programa militar: cuando el bloqueo impedía la llegada de una sustancia esencial, era preciso buscar un sustituto o alterar el programa. El Comité de Materias Primas revisó los procedimientos que se seguían para la extorción de las áreas ocupadas que representaban un 100% de crueldad.

Tuvieron que levantar nuevas fábricas e instalar maquinaria nueva, hecha con el propósito de producir sustitutos para el uso de los civilistas y los militares. Todo esfuerzo de adaptación costaba trabajo, carbón y transporte. Repetidas veces las necesidades de los civilistas se sacrificaban, y las sustancias bloqueadas se sacaban de los lugares más íntimos de la vida civil: de los hogares y se empleaban para uso militar.

Esto daba por consecuencia la reducción de la eficiencia en la vida civil, que de manera indirecta reaccionaba sobre la eficiencia de las unidades productivas. Para lograr un rendimiento constante de efectos militares, cada civilista tenía que trabajar más y descuidar más la producción de los artículos corrientes.

El bloqueo excluyó las piritas de España; obligó a los alemanes a inventar un nuevo método para fabricar ácido sulfúrico; no pudieron recibir el salitre de Chile; también perdieron el cobre, el estaño, el níquel, el cromo y el tungsteno.

Resúmen de los resultados del bloqueo.

En el activo de Alemania, hay que agregar otras partidas que tienen un carácter médico, estas partidas vinieron en abono: la diabetes se redujo, mientras la gota, la obesidad y las enfermedades ocasionadas por la cerveza desaparecieron.

He aquí el resúmen de los resultados:

1.—Se redujo el peso del cuerpo, probablemente en sus tres cuartas partes.
2.—Se redujo la fuerza de trabajo en la población urbana.
3.—Se redujo la natalidad.
4.—Aumento la mortalidad
5.—La mortalidad infantil aumentó: el crecimiento disminuyó.
6.—El bloqueo contra los provisioneros de boca dio por resultado una reacción psicológica que durante la primera parte de la guerra probablemente tendió a intensificar el espíritu guerrero, por que sirvió de núcleo al odio contra Inglaterra.

Alonso E. TAYLOR.

(Viene de la página 8.)

árboles, arreglar nuestra humilde cama con el follaje y formar con las ramas una barrera que cierre la gruta que nos sirve de asilo.

Tu suave mano, que antes sólo pulsaba las cuerdas de oro de tu arpa, tiene que despojar a la fiera salvaje de su piel, para que poseamos algo que nos defienda contra el frío.

—¡Oh, Ricardo! si mi hermano murió, se debe más que a otra cosa, a su fatal destino.—La lucha se efectuó de noche, en medio de las tinieblas, y sólo la casualidad dirigió contra su seno la punta de tu invencible lanza.

—Si no puedo adornarme con ricos trajes, ni tú posees un manto de escarlata, contentémonos con las pieles atigradas y con el verde de los bosques que también son agradables a la vista.

—¡Oh, Ricardo! Si nuestra suerte es cruel, si tu has perdido la patria, en cambio Alicia posee a Ricardo y Ricardo a Alicia.

— II —

—¡Qué agradable es vivir a la sombra de los bosques ¡repetia alegremente la bella Alicia, mientras el hacha de Lord Ricardo, sonaba sobre las ramas de los añosos robles y de los viejos álamos.

Cuando la oyó el rey de los espíritus, se puso a gritar en la gruta de la colina, y sus siniestras palabras se amesemejaban al gemido del cierzo, bajo los pórticos de una iglesia arruinada.

¿Qué hacha es esa que se atreve a derribar los robles y los álamos, cuyos sagrados troncos cierran la entrada al lugar donde celebramos nuestros ritos a la luz de la luna?

¿Quién viene a espantar la caza que ama la reina de las hadas? ¿Quién es tan audaz que lleva el color de las verdes reinas de la hechicería?

—¡Parte, Urgán, parte en busca de ese mortal! ¡Tú fuiste bautizado en otro tiempo, y la señal de la cruz no puede hacerte huir; ni pueden tampoco, detenerte las palabras misteriosas.

Llama sobre la cabeza del temerario la maldición que daña el corazón y que impide al sueño cerrar los párpados del que la oye pronunciar. ¡Qué no tenga más consuelo que l'amar a la muerte y que la muerte permanezca sorda a sus ruegos."!

— III —

¡Cuán dulce es vivir a la sombra de los bosques cuando los pájaros permanecen mudos!—Alicia preparaba el fuego que había de calentarles durante la noche y su amante buscaba leña en la floresta.

De pronto apareció Urgán, bajo la forma de un enano horrible, y se colocó delante de Ricardo. El caballero hizo la señal de la cruz y recomendose a la protección divina.

—No tengo miedo a esa señal poderosa, le dijo el fantasma amenazador; no la temo, porque procede de una mano ensangrentada!

Alicia, en un arranque de valor, le contestó en seguida: "Si su mano está salpicada de sangre, es sangre de las fieras salvajes."

—¡No, mujer intrépida, no! dijo el espíritu: la sangre que enrojece su mano profana, es la sangre de tu raza: la sangre de Ether Brand!

Al oír esto se adelanta Alicia y repite la señal de la cruz: —¡Si la sangre, —dice,— salpica las manos de Ricardo, las mías están sin mancha!.

¡Yo te conjuro, fantasma del infierno, en nombre de los que hacen temblar a los demonios, para que nos digas de donde vienes, y qué motivo te trae aqui!

—Grato es, muy grato, dice el enano, habitar el reino de la hechicería, escuchar el concierto de las aves encantadas, asistir a los juegos espléndidos de nuestro monarca y escotarle a caballo!

Nada hay tan brillante como el país de las hadas; pero su brillo es tan falso como el impotente rayo que el sol de Diciembre vierte sobre las nieves y los hielos.

Nuestra forma caprichosa e inconstante, como esa luz de los días de invierno, toma el aspecto de un caballero, de una dama o de un enano repugnante.

Una de esas noches en que el rey de las hadas goza de su omnipotencia, caí herido en un combate criminal. Estaba luchando entre la vida y la muerte, cuando sentime trasportado al triste país de los encantamientos.

Pero si una mujer valerosa se atreviera a trazar tres veces sobre mi frente la señal de la cruz, podría recobrar mi primitiva forma y convertirme en mortal como vosotros.

Alicia se atrevió a hacer la señal, primero una vez y después otra, porque no le faltaba el valor. La frente del enano se curtió y la caverna se puso muy oscura.

Alicia repitió por tercera vez el signo misterioso y vió aparecer el caballero más hermoso de Escocia: ¡era su hermano! era ¡Ether Brand!

¡Grato es habitar bajo el verde follaje de los bosques cuando la alondra y el mirlo unen sus alegres cantos; pero es más grato aún oír el coro de las campanas del antiguo Dumternaline cuando anuncia la fiesta del himeneo entre dos amantes!

Walter SCOTT.

COSAS DE MEXICO

El asunto Jenkins

El nombre de Jenkins, que siempre permanecerá asociado con el de la gran guerra europea, no será recordado en el porvenir en relación con una segunda guerra mejicana; sin embargo las experiencias de Guillermo O. Jenkins, Agente Consular de los Estados Unidos en Puebla, ha producido una crisis en las relaciones americanas y la República Azteca, una crisis bastante seria que ha dado márgen a resoluciones senatoriales que piden una ruptura de relaciones diplomáticas y a que una gran parte de la prensa apruebe la intervención armada en los asuntos del país que se extiende aquende el Río Grande. Al arrestar a Mr. Jenkins después de haber sido raptado por los bandidos y manteniéndole en su poder a pesar de las protestas de Washington, el gobierno mejicano —declara un periódico de Nueva York— se colocó en la posición de hacer frente a los Estados Unidos en la persona de uno de sus Agentes. El manejo de que se ha usado en este caso, asegura el Detroit Free Press.

"Resolverá si los americanos pueden vivir seguros allende la frontera del Sur, o si se ha de abusar de ellos, convirtiéndolos en víctimas de acusaciones engañosas, echándolos a la cárcel, robándolos, ultrajándolos y asesinándolos sin esperanzas de retribución y sin esperanzas de ser vengados en caso de que mueran. Washington debe resolver ahora si los ciudadanos de este país van a ser protegidos en Méjico, o si durante los diez y ocho meses entrantes van a ser excluídos del país azteca bajo la pena de ser tratados como perros."

Si el caso de Jenkins presagia la aproximación del día en que a Méjico se le instará a que respete los derechos de los americanos que radiquen en su suelo, ya sea en el terreno de la vida, de la libertad o de la propiedad, y a que tenga el debído cuidado de la dignidad de nuestro gobierno, el honor de nuestra bandera y la inviolabilidad de nuestro territorio, entonces, —declara el Houston Post— se habrá realizado un fin que está de acuerdo con los intereses de la civilización, la paz del país y el bienestar de Méjico mismo.

El Representante del distrito de Tenessee, desde donde Mr. Jenkins fué a Méjico, dice lo siguiente: "El honor de los Estados Unidos está envuelto en el caso de Jenkins; debe ser vengado. El Cleveland News llama al mencionado caso "otra expresión del desprecio con que ve Méjico a nuestro gobierno." El Grand Rapids Herald manifiesta que "no hay matador en la arena mejicana que jamás haya picado a un toro con más agravío que lo ha hecho Méjico de una manera persistente con el Tío Samuel en el caso de Jenkins."

Sin embargo, cuando el Secretario de Relaciones Exteriores de Méjico dijo que él no creía que el caso de Jenkins fuera lo bastante grave para que afectara las relaciones entre Méjico y los Estados Unidos, se puso de acuerdo con lo expresado en ciertos periódicos americanos. El New York World confía en que "si alguna vez se juzgara necesario que nosotros recurriéramos a medídas austeras al Sur del Río Grande, sería preciso que tuviéramos una provocación más fuerte que la de este caso de **juzgado de Policía."**

El Cincinnati Commercial Tribune, después de estudiar la parte de Méjico en la disputa, está convencido de que el incidente de Jenkins no da lugar a intervención, "al menos por el momento". The World de Tulsa, Oklahoma, se siente también impresionado por el argumento mejicano y da por concluído que "aunque ha habido numerosas ocasiones en que Washington pudo haber marchado a Ciudad-Méjico respaldado por la opinión pública unida," la presente ocasión no es de esas. Por supuesto, si Carranza hubiera encarcelado deliberadamente a Jenkins con el fin de provocar la guerra con los Estados Unidos, "entonces él vería satisfecho su propósito"; pero, continúa el Detroit News, "si vamos a luchar en una guerra por establecer el principio que sólo Méjico, de todos los gobiernos reconocidos del mundo, no debe arrestar a nuestros Agentes Consulares, sean cuales fueren sus acciones, o las acusaciones que se hagan con-

tra ellos, —esa es otra cosa." The Wheeling Register cree que la demanda americana en que se píde la libertad de Jenkins debió haber sido un poco más antes en vista de que Méjico alega que los Agentes Consulares aztecas han sído encarcelados en los Estados Unidos.

El Fargo Courrier News, representando la opinión de la Liga "Non-Partizan", acusa a la prensa comercial por tratar de levantar el sentimiento guerrero en una causa que en manera alguna incumbe a los Estados Unidos.

"Simplemente incumbe a un ciudadano de los Estados Unidos que se halla en un país extranjero y que rehusó naturalizarse en la nación en que vive. Los Estados Unidos no tienen más derecho a protestar, mientras prevalezca un juicio imparcial, que el que tiene el gobierno del Soviet de Rusía cuando deportamos a los rusos que no han podido sacar sus papeles de ciudadanía aquí. Cuando un hombre llega a un país extranjero para hacer dinero, no puede esperar que su bandera lo siga y lo saque de las dificultades en que se meta."

Para qué nuestros lectores resuelvan por sí mismo cual de lás dos ideas periodísticas prefieren, y qué acción creen más conveniente de tomar vale la pena citar a la ligera los hechos que figuran en el caso de Jenkins tal como se han sacado de los despachos.

La noche del 19 de octubre, Guillermo O. Jenkins, ex-jugador de foot-ball de la Universidad de Vanderbílt, que ha estado negociando en Méjico durante casí 20 años y que es el Agente Consular de los Estados Unidos en Puebla, fue llevado por los bandidos que tomaron consigo veinticinco mil dólares sacados de las cajas fuertes. Pasó una semana con ellos, contrayendo un terrible reumatismo; después fue puesto en libertad mediante pago del rescate que ascendía aproximadamente a la cantidad de cincuenta mil dólares. Más tarde fue arrestado por las autorídades locales por pretenderse que estaba de acuerdo con los bandidos que le dejaron líbre, y después por acusársele de perjurio.

En una declaración que se dio a la prensa americana, Mr. Jenkins caracteriza las inculpaciones como símples tramas fabricadas con alegatos pueríles, absurdos y sín fundamento y mafiniesta que tíene pruebas para desmentir los cargos de falsa declaración. El 26 de noviembre el Encargado de Negocios de Washíngton en Cíudad Méjico ínformó al Minísterío de Relacíones Exteríores Azteca que en relación con las pérdidas y los daños ya sufridos por Mr. Jenkins como resultado del rapto —ocasionado por la incompetencia del gobierno mejicano en dar la debida protección, y su primer arresto por las autoridades del país el gobierno de los Estados Unidos de América se sorprende y se exaspera al saber que Mr. Jenkins ha sido otra vez arrestado."

Al gobierno Mejicano se le informó después que el tratamiento recibido por Mr. Jenkins produciria un grave efecto en las relaciones entre los dos países, y se pedía la inmediata libertad del Agente Consular. El 26 el Ministerio de Relaciones Exteriores de Méjico envió una larga contestación manifestando su duda de que el gobierno americano tuviera derecho a presentar su demanda, y asegurando que el único fundamento de dicha demanda sería la fuerza del país que la hace. "La nota explicaba entonces que el tratamiento de Mr. Jenkins había estado strictamente de acuerdo con las leyes mejicanas de lo criminal, y que el Gobierno Federal, así como el de los Estados Unidos, no podía intervenir en una cuestión judicial que pertenecía exclusivamente a uno de los Estados.

Se le recordó al gobierno americano que en los Estados Unidos algunas veces los Cónsules aztecas habían sido encarcelados por actos que incumbían a las leyes americanas, y el gobierno de Méjico no puede conceder a los ciudadanos de los Estados Unidos más derechos de aquellos de que gozan los mejicanos en Norte América; y finalmente a Washington se le pedía que esperara hasta que los jueces mejicanos, que están poseídos de un genuino deseo de proceder conforme a justicia, hubieran otorgado sus fallos.

Esto dio lugar a otra nota de Washington firmada por el Secretario Lansing, y dada a la publicidad el primero de diciembre; el Secretario de Estado se negaba a ser arrastrado a una discusión jurídica y dclaraba que la demanda de libertad de Mr. Jenkins se fundaba en la justicia del derecho de un ciudadano Americano y Agente Consular de los Estados Unidos, que debía recibir un tratamiento equitativo mientras residía en jurisdicción azteca y cumplía sus deberes del cargo. Al referirse a las inculpaciones de falso juramento que se hiciron a Jenkins, el Secretaro Lansing declaró què la acusación carece absolutamente de prueba; en realidad la investigación del caso llevada a cabo por representantes del gobierno de los Estados Unidos, mostró que no había razón para creer que Mr. Jenkins hubiera dado sin sa-

berlo falso testimonio respecto a los puntos principales de su causa. El Secretario declaraba que el gobierno americano se vería obligado a llegar a la conclusión de que el gobierno azteca lanzó las inculpaciones contra Jenkins por los siguientes propósitos:

"En primer lugar, para desviar la atención del público del gobierno americano, y hasta de los mismos mejicanos, de la situación actual, a saber que Puebla, Capital del Estado del mismo nombre, y quizá la segunda Ciudad de Méjico, carece de la adecuada protección contra los bandidos que infestan las cercanías inmediatas y que están acostumbrados a vsitar abierta y francamente la Ciudad, que por el fracaso de proporcionar adecuada protección en este distrito las autoridades mejicanas y por su neglicencia, han hecho posible el rapto de Jenkins. y que de acuerdo con esa actitud de parte de las autoridades mejicanas han fallado en cumplir sus deberes y obligaciones que les incumben, de apreender y castigar a los bandidos que figuran en el crimen del cual Jenkins fué víctima. Y en segundo lugar, parece que ha sido el propósito del gobierno azteca asumir una caprichosa indiferencia hacia los sentimientos del pueblo americano que se han despertado hasta el punto de llegar a la indignación, por la intemperie, las durezas, y las penalidades físicas sufridas por Jenkins durante su abducción y su tratamiento en manos de las autoridades mejicanas."

En vista de todas estas consideraciones el gobierno de los Estados Unidos renovó su solicitud pidiendo la inmediata libertad del Agente Consular Jenkins.

Los periodistas que abogan o predicen la intervención miran el caso de Jenkins no como un incidente aislado, sino, como "la última paja." Méjico dice la Tribune de Chicago, recuerda al villano del antiguo melodrama llamado "Elenita, la hermosa modelo de las capas:"

"En el primer acto el villano la arroja frente a un tren que camina. En el segundo la lanza del puente Brooklyn. En el tercero la echa al agua de la Bahía de Nueva York desde la cubierta de un buque. En el cuarto la encierra con llave en una pieza y le pega fuego al edificio. En el quinto pregunta: "¿por qué desconfías de mí, Elenita?".

La Tribune hace observar que ocho americanos han sido asesinados en Méjico desde el 22 de julio a la fecha, después que los Estados Unidos previnieron a Carranza que los posteriores asesinatos afectarían gravemente las relaciones entre los dos países. El Topeka State Journal, órgano republicano, dedica media columna de su editorial a una lista de personas originarias de los Estados Unidos que han sido asesinadas, asaltadas, raptadas y robadas en Méjico, a partir del 22 de julio. Periódicos, como el New York Herald, convienen en que el sentimiento público vuelve a ser otra vez intervencionista. El Herald de Siracusa dice que es tan claro como la luz del día para el pueblo americano que el Gobierno de Carranza, "nos odia; que no se demora en manifestar su odio; que se muestra receloso y desconfiado de nuestra fuerza nacional engrandecida por la guerra; que, al contrario de casi todos los demás países de la América Latina, sus simpatías se inclinaron hacia Alemania en el último conflicto; y que su disposición de acosar al león americano en su cueva jamás fue más flagrante y ofensiva que ahora."

La intervención americana, dice el Lowell Courrier-Citizen, hace mucho tiempo que debió verificarse, y su justificación es triple:

"Primero, en la total ausencia de respeto que muestran los mejicanos hacia los derechos de los americanos que residen en el país; segundo, por la urgente necesidad de suprimir la actividad de los bandidos y de los merodeadores revolucionarias, junto con el establecimiento de un gobierno estable, sistemas competentes de instrucción y otras instituciones educacionales; y por último para cumplir nuestro solemne deber contraído ante el mundo por razón de la doctrina de Monroe."

"Nosotros estamos manteniendo ahora en la frontera, simplemente en el servicio de guardia, más de 100,000 soldados regulares de los Estados Unidos, cuyo sostenimiento,—según la opinión de la Albany Knickerbocker Press —nos está costando al año casi tanto como nos costaría arreglar la situación mejicana para bien y para todo."

La Tribune de Chicago conviene en que la obra de intervención sería en la actualidad relativamente fácil, con "nuestro nuevo ejército y moderno equipo militar, y con el empleo de mejicanos que nos ayuden en la pacificación final del país."

El Departamento de Guerra, según los despachos de Washington, ha hecho un cálculo en que fija el número de soldados que se necesitan para pacificar Méjico, número que se eleva a 450.000, y el tiempo que se necesita para dicha pacificación, tres años.

La intervención formal en Méjico "significaría una admirable oportunidad para los intereses

del henequén y del petróleo, para los fabricantes de municiones y para los embaladores, comenta el Wichita Eagle, pero para el pueblo de los Estados Unidos significaría otra carga aplastante de deudas, aumento de impuestos, elevación de precios, y para los soldados que figuran en las filas, por lo menos tres años más de lucha, de marchas, de obediencia a las órdenes, de sufrimientos y de muerte."

El Rochester Times-Union indica que la ocupación permanente de Méjico aumentaría nuestros problemas de extranjería y de raza. "Tampoco es una satrapía anárquica subtropical un anexo conveniente a una República libre", agrega el mencionado periódico Rochesteriano.

El Duluth Herald, órgano de Indianápolis publica una amonestación contra el elemento "que en este país se inclina en favor de la intervención con Méjico, con miras de lucro y de saqueo", otro tanto hace el semanario obrero Weekly People de Nueva York.

El corrsponsal de Call en Washington cita siete factores que obran en pro de la conservación de la paz.

"Inminente como se halla la bancarrota en Europa, se podrá necesitar la atención no dividida de Norte América.

"El enorme y creciente déficit nacional de los Estados Unidos.

"La política de expectativa del Japón y de otras Potencias envidiosas que quieren tomar ventaja de una emergencia en el Hemisferio Occidental.

"La enajenación y hostilidad de toda la América Latina que seguiría a la conquista de Méjico.

"La oposición del partido republicano a todo lo que pueda dar a los demócratas un aumento de poder.

"La larga ocupación militar que se necesitaría para mantener a Méjico de rodillas.

"El temor de lo que podría suceder en el interior de nuestro país en los círculos obreros y entre los que pagan impuestos, durante la guerra."

CUENTOS Y BROMAS

El mono de peluche

Le vió una mañana que salió de compras en un almacén de novedades. Estaba sentado, con inverosímil y cómico equilibrio en el borde de una vitrina de cristal, una pata estirada, otra encogida, las manos en jarras y la cabecita ladeada picarescamente. Le hizo tanta gracia, que le compró y se lo llevó a casa, cuidadosamente colocado en un rincón del automóvil, arropado bajo la manta, como si fuese un chico. Ya en casa, le tomó en brazos y le depositó sobre la tabla de la chimenea, entre los bibelots de biscuit y las figurillas de porcelana de Sajonia, en la misma postura que tenía cuando lo compró; una pata encogida, otra estirada, las manitas en jarras y la cabeza ladeada picarescamente. Sin aguardar a desnudarse llamó a las doncellas para que lo viesen; vino también la cocinera, y todas se rieron mucho y lo encontraron graciosísimo.

El mono tenía, en efecto, mucha gracia. Hay que advertir, sin embargo, que no se trataba de un mono de verdad. Era un muñeco, uno de esos muñecos de peluche, grotescos y ridículos, que lo mismo se pueden parecer á un mono que a un perro de aguas. Pero tenía en la cara una expresión tan cómica, brillaban con tal picardía sus ojos de cristal, habia en la boquita pintada de rojo una mueca tan expresiva, tan originalmente maliciosa, que no habia modo de mirarlo sin echarse a reír. No obstante, es posible que, lograda la realización del capricho, satisfecha la curiosidad del momento Enriqueta no hubiera vuelto a acordarse más del mono, e incluso le hubiera tirado a los tres días al montón de los trastos inútiles, si al entrar aquella noche su marido en el gabinete no se hubiera quedado desagradablemente sorprendido.

—¡Pero qué ridiculez es ésta! ¿Quién ha colocado aquí este adefesio?

Cogió al muñeco de una pata, y el muñeco, como una pelota que sale de una cesta, pasó raudo bajo el marco de las cortinas y fué a caer, todo despatarrado, en un ángulo de la alcoba, junto a los pies de la mesa de noche.

A Enriqueta le pareció aquello muy mal. Fue en busca de su muñeco, lo recogió del suelo, lo examinó atentamente para ver si se le había roto algo, movió piernas, cabeza y brazos para comprobar si funcionaban bien las articulaciones, le alisó

mimosamente el peluche, que se le había enfoscado, y le estrechó contra su corazón.

—¡Vaya...! No sé qué te ha hecho el mono para que le trates así.

—Ah, ¿pero era tuyo?

—No sé de quién va a ser.... ¿Del vecino de enfrente?

—Perdona, mujer; pero, tuyo o no tuyo, es un mamarracho.

—No sé por qué ha de ser un mamarracho.

—Porque lo es.

—No, si yo ya lo sabía... Lo debí suponer... Basta que a mí me guste una cosa para que a tí te parezca mal.

—¡Pero es posible que te guste ese adefesio!

—Sí; me gusta.... me gusta....

—Pues, hija, tienes unos gustos muy ridículos.

—Pues, por ridículos que sean, tú debes respetarlos, como yo respeto los tuyos. También tú tienes cosas muy ridículas, y, sin embargo, no te digo nada.

—¡Enriqueta!

—¡Qué....!

—Nada. Anda, vamos a cenar.

—Yo no quiero cenar. Cena tú solo.

—¿Qué dices?

—Que no quiero cenar; que no tengo gana.

—No seas estúpida. ¿Es que nos vamos a disgustar por un muñeco? ¡Hombre, pues no faltaría más! Anda, anda.

Y como ella seguía con el mono en los brazos, como si fuera un chico, se lo quitó, lo arrojó desdeñosamente sobre el sofá y llevó a su mujer al comedor enlazada del talle. El mono quedó sobre el sofá, la cebeza torcida, los brazos en cruz, una pierna hacia arriba y otra abajo, en una dislocación desgarradora.

La comida fue muy triste. El, al principio, intentó hablar; pero como ella no le contestaba más que con monosílabos, concluyó por callarse también, adusto el gesto y el ceño fruncido. Ella, con el codo en el mantel y la barba en la mano, dejaba pasar los platos sin gustarlos casi. De vez en cuando daba un gran suspiro y se llevaba los dedos a los ojos para enjugarse una lágrima.

Cuando concluyó la comida regresaron al gabinete. Ella recogió el muñeco del sofa y lo volvió a colocar sobre la tabla de la chimenea. El, de pie, con las manos en los bolsillos, la miró un instante, se mordió los labios y, lentamente, se dirigió a la alcoba.

—¿Vas a salir?—preguntó ella sin volver la cara.

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada.

—Sí, voy a salir —insistió él desde la profundidad de la alcoba.—Será el único procedimiento de que no riñamos esta noche.

—Por lo visto, tienes tú ganas de reñir.

—No. Yo no. Eres tú.

—¿Yo?

—Tú, tú—dijo él saliendo en mangas de camisa—.Tú, que me acabas de armar una tremolina por un mono que es un adefesio.

—¡No digas que es feo mi mono!

—¡A ver si va a resultar que te gusta el mono más que yo!

—¡A ver si va a resultar que tienes tú celos del mono!

Se habían ido acercando el uno al otro. El la cogió de los brazos, y, mirándola a los ojos apasionadamente:

—Yo tengo celos de todo lo que no sea yo, ¿sabes, tontísima?

—¡Nene....! ¡Mi vida!

Sentado en el borde de la chimenea, una pata encogida, otra estirada, las manitas en jarras y la cabecita ladeada picarescamente, el mono de peluche los miraba con sus redondos ojitos de cristal y parecía decir con la maliciosa mueca de su boca pintada de rojo:

—¡Pero qué ridículos son los recién casados!

Pedro MATA.

Y todo es vanidad

(Sátira).

Y todo es vanidad.... No sé quién dijo estas palabras, si fué San Agustín, Santo Tomás, Bombita o Guzmán el Bueno. Para el caso es lo mismo, porque ni a mí me importa ni a ustedes tampoco. Lo cierto es que, en los más pequeños detalles de nuestra vida, se observa el afán de distinguirse, aun cuando sea en contra del sentido común y hasta de las buenas costumbres.

¿Qué hay que destrozar la gramática para darse a conocer? Pues se destroza.

¿Que es preciso engañar a las masas con palabras de relumbrón y efectos teatrales para salir

del obscuro montón anónimo? Pues se las engaña.

Y así vivimos tan a gusto.

Y son tantas y tantas las clases de vanidad... Hay, por ejemplo, la vanidad literaria. Joven he visto yo que abandonando un próximo y nutritivo porvenir, se dedica a la literatura sin más ni más, como si llegar a genio fuera tan fácil como ponerse a vender tomates en la calle de la Ruda o rasparse los callos con la escofina Losada.

Así ocurre el caso de mi pobre y chiflado amigo Perfecto Percebe, que en aquella época en que empezaron a llovernos de todas partes poetas modernistas enloqueció de remate y despreciando su carrera de veterinario, de la noche a la mañana se hizo poeta, como quien se hace una americana de alpaca.

Un día me lo encuentro en la calle muy amarillo, con la melena completamente, merovingia llevando en la boca una pipa semejante a un fagot, y acompañado de uno de esos perritos orejudos, largos y patizambos, que parecen una caricatura de la raza canina.

—Chico, ¿de dónde has salido?...

—¿Qué te pasa?— le digo.—¿Tienes la ictericia?

—¡Ay, no! —suspira melancólico.—Es que me he dedicado a la literatura modernista y tengo que estar a tono.

—¿Y eso qué?

—¡Nada!... Desde hace un año sólo bebo ajenjo con soda y lamo el yeso de las paredes.

—Pues se te ha quedado la cara que parece un plátano manzanillo.

—Mira: vente aquí al portal de esta fotografía y te leeré lo último que ha salido de mi numen.

Y con tal motivo, quieras que no, me lee una poesía que me produce igual efecto que si me arrancaran un raigón.

Al terminar la lectura salgo disparado, sin saber si me he vuelto loco o es mi amigo el que ha espetado tal cúmulo de disparates.

Este desgraciado ha escrito tres libros (que forman un tríptico glauco) con los nombres de: "Alma llorante...", "Alma azulenca.... y "Alma....zarrón", donde llama al cerebro la ubre cerebral y compara a las mujeres con libélulas policromas. Pero como la fiebre del modernismo pasó, el infeliz se ha quedado con sus libros y sin dinero para una mala libreta. Luego fué luchador, y un contrincante natural de Vizcaya le dió un puñetazo en la nuca que estuvo tres semanas llorando en vascuence.

Más tarde determinó cambiar de posición en busca de la ansiada celebridad, y fué pintor cubista. Ahora, convencido de que sólo el toreo proporciona dinero y laureles, trocando el pincel por la muleta, se pasa el día dando verónicas sin enmendar a una mesilla de noche.

De esta clase hay muchos ejemplares. Poetilla o autorzuelo conozco yo, por tocarme muy de cerca, que sin más títulos que tres versos publicados en "El Eco de Crijota" o dos comedias estrenadas en un cine, se retrata en casi todos los periódicos; claro es que todo esto lo consiguen gracias a su dinero o a sus influencias. Otros hay que usan el membrete de autor dramático, publicista o comediógrafo, y escriben albaricoque con hache. Y así un sin fin de ellos....

¿Y qué me dicen ustedes de la vanidad de salir en letras de molde? Véanse los sueltos de los periódicos. En cuanto un señor cualquiera tiene la dicha de ser padre, lo primero que hace es poner un sueltecito en la prensa, aun cuando tenga que molestar a todos los chicos de la idem. Y al poco tiempo nos dicen los diarios más o menos rotativos: "La señora doña Fulana Fulano de Fulano ha dado a luz un robusto niño". Para la Prensa no hay niños anémicos: todos los niños son robustos.

No hay por qué hablar de bodas y duelos. ¿Quién no ha reparado en gacetillas como ésta?.. ..."Nuestro querido amigo el jòven e inteligente abogado D. Agapito Cuscullueìa ha contraído matrimonio con la bellísima señorita Ruperta Sánchez, hija del conocido comerciante de esta corte Sr. Sánchez y Comp. (S. en C.)" ¡Bellísima!... Y la pobre tiene los ojos como dos huevos cocidos y es seca como un espárrafo triguero.

¡Y el sarcasmo de publicar sueltos de este jacz: "Don Abdón Benítez, el conocido abastecedor de garbanzos de esta plaza, ha tenido la desgracia de perder a su señora madre politica!..." Cosa que el dicho don Abdón pedía fervorosamente a todos los santos del cielo.

Otros individuos, por figurar en los diarios, dan dinero para las subscripciones, y así tiene uno que leer, en el colmo de la indignación: "Rodolfo Mantecón y Barriga, veterinario titular, músico municipal de Villamelones y sereno de noche: 17 céntimos."

Por fin, no falta quien da dos tiros a su amante, o pone a su padre en compota, y cuando ve su retrato en **Los Sucesos** exclama:—¡Qué propio es-

toy!.... Y cómo van a rabiar en la calle de la Arganzuela!

Hay quien en su vanidad cree que el nombre también es de las cosas que influye para alcanzar la corona del éxito y el amor de las hermosas. En este orden yo también detesto las vulgaridades. La única cosa que yo no perdonaría a mis padrinos es que me hubieran puesto por nombre ¡Pedro. ¡Pedro! ¡Perico! ¡Vaya un nombre! En Madrid todos los serenos, exceptuando los que se llaman Manuel, se llaman Perico. Pericos se llaman los espárragos, y a las esteras viejas y a muchos burros también los llaman **Pericos.**

No se concibe que ninguna mujer se enamore hasta la locura de un Robustiano o de un Sisebuto; en cambio, de un Ernesto, de un Carlos, de un Guillermo eso ya es otra cosa.

El nombre es una cosa de suma trascendencia y que obra de un modo directo en las funciones de nuestra vida, y si al nombre se añaden unos cuantos apellidos rinbombantes y a los apellidos numerosos títulos y condecoraciones, ¡miel sobre hojuelas! La costumbre de reunir apellidos y títulos, y lucirlos en todo momento, me recuerda la agudeza de una dama andaluza, que al leer en una esquela de defunción que la familia de D. Hermenegildo Pérez Alvarez de la Torrevieja y Núñez de Prado de la Hinestrosa, conde de Miraguano, marqués del Berro y barón de Aguas Turbias.... pedía a sus numerosos amigos que encomendasen al finado en sus oraciones, viendo esta pompa y ridícula aglomeración de gracias, dijo irónica: "Yo le recomendaría si fuera solo, pero ¿cómo le van a dejar entrar en el cielo llevando tanta gente?

Esta es la que podríamos llamar vanidad de ultratumba. Por éste y otros estilos hay la vanidad de los banquetes. La vanidad de la indumentaria: individuos que se mueren de envidia viendo a cualquier Petronio moderno. Vanidad de conferenciante: señores respetables que nos hablan hasta del Africa tenebrosa y no han salido de Chinchilla. Vanidad, si se quiere, de ser virtuoso, que es la peor de las vanidades, ya que Nietzsche dijo que la **virtud es la pereza del vicio,** y perdónenme esta pequña vanidad de hombre estudioso.

Yo confieso que no tengo más que una vanidad, ¡la de comer bien!... y ésta me la ha estropeado el Destino o Hado mandándome una enteritis que me ha convertido el vientre en un acordeón.

Federico TRUJILLO.

Dos narices ilustres

Mozart y Haydn comían juntos en una misma casa de huéspedes de Viena. El primero tenía siempre buen humor y era comensal alegre, distinguido y muy aficionado al champagne.

—Apuesto seis botellas de champagne —dijo a Haydn— a que no tocas de repente el trozo de música que voy a escribir.

—Acepto la apuesta —contestó el maestro riéndose.

Mozart emborronó algunas notas y alargó el papel a Haydn.

Parecióle a este tan fácil la composición, que sentándose al piano, expresó su sorpresa diciendo:

—Mozart tiene por fuerza indigestión de dinero; se empeña en pagar el champagne.

—Ahora lo veremos —repuso Mozart, frotándose las manos.

La tocata comenzó. De repente Haydn, después del preludio se detuvo.

—¡Qué he de tocar este disparate! exclamó.— ¿Cómo he de tener cada mano a un extremo del piano y al mismo tiempo tocar una nota al centro del teclado?

—¿Tan poca cosa te detiene? A ver si yo puedo —dijo Mozart— sentándose a su vez al piano.

Y en efecto, al llegar a la famosa nota, baja la cabeza y dá con la punta de la nariz. La concurrencia soltó una carcajada. Haydn era chato, y en cambio Mozart tenía una gran nariz.

Haydn, pues, pagó el champagne a toda la concurrencia.

CHISTES

—Mira, Pepe; deberías hacer de modo que Manolo frecuentase nuestra casa.

—¿Y para qué?

—Dicen que es muy bruto, y ¡quién sabe si le haría la corte a nuestra hija!...

EN UN JUICIO

Juez.—¿De modo que usted insiste en que cuando se llevó el gabán de casa de su amigo estaba usted borracho?

Acusado.—Sí, señor; no sabía lo que hacía.

Juez.—¿Y cómo lo demuestra usted?

Acusado.—Muy sencillo; si hubiese estado en mi juicio me habría llevado otro mejor.

INTERNATIONAL RAILWAYS OF CENTRAL AMERICA

Itinerario en vigor desde el día 1º de octubre de 1916.

GUATEMALA A AYUTLA

DIARIAMENTE

Sale de	Guatemala	7.15 a. m.
„ „	Morán	8.05 „
„ „	Laguna	8.15 „
„ „	Amatitlán	8.38 „
„ „	Palin	9.03 „
„ „	San Fernando	9.35 „
„ „	Escuintla	10.15 „
„ „	Santa María	10.40 „
„ „	Obispo	11.16 „
„ „	Pantaleón	11.31 „
„ „	Santa Lucía	11.40 „
„ „	Buena Vista	12.05 p. m.
Llega a	Patulul	12.40 „
Sale de	„	1.10 „
„ „	Guatalón	1.35 „
„ „	Nahualate	2.00 „
„ „	Palo Gordo	2.20 „
„ „	Mazatenango	2.55 „
„ „	Cuyotenango	3.15 „
„ „	Muluá	3.33 „
„ „	San Sebastián	3.38 „
„ „	Retalhuleu	3.51 „
„ „	Las Cruces	4.16 „
„ „	San Miguelito	4.41 „
„ „	Santa Joaquina	5.06 „
„ „	Coatepeque	5.36 „
„ „	Pajapita	6.26 „
Llega a	Ayutla	7.00 „

AYUTLA A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	Ayutla	6.00 a. m.
„ „	Pajapita	6.30 „
„ „	Coatepeque	7.20 „
„ „	Santa Joaquina	7.45 „
„ „	San Miguelito	8.10 „
„ „	Las Cruces	8.35 „
„ „	Retalhuleu	9.05 „
„ „	San Sebastián	9.13 „
„ „	Muluá	9.23 „
„ „	Cuyotenango	9.38 „
„ „	Mazatenango	10.08 „
„ „	Palo Gordo	10.33 „
„ „	Nahualate	10.53 „
„ „	Guatalón	11.18 „
Llega a	Patulul	11.43 „
Sale de	„	12.10 p. m.
„ „	Buena Vista	12.45 „
„ „	Santa Lucía	1.10 „
„ „	Pantaleón	1.20 „
„ „	Obispo	1.37 „
„ „	Santa María	2.15 „
„ „	Escuintla	2.45 „
„ „	San Fernando	3.15 „
„ „	Palin	3.48 „
„ „	Amatitlán	4.13 „
„ „	Laguna	4.36 „
„ „	Morán	4.46 „
Llega a	Guatemala	5.45 „

GUATEMALA A SAN JOSE

DIARIAMENTE

Sale de	Guatemala	7.15 a. m.
Llega a	Escuintla	10.10 „
Sale de	„	1.40 p. m.
„ „	Santa María	2.15 „
„ „	Naranjo	2.41 „
„ „	Obero	3.05 „
Llega a	San José	3.30 „

SAN JOSE A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	San José	9.15 a. m.
„ „	Obero	9.45 „
„ „	Naranjo	10.10 „
„ „	Santa María	10.40 „
Llega a	Escuintla	11.10 „
Sale de	„	2.45 p. m.
Llega a	Guatemala	5.45 „

GUATEMALA A ESCUINTLA

DIARIAMENTE

Sale de	Guatemala	7.15 a. m.	2.00 p. m.
„ „	Morán	8.05 „	3.10 „
„ „	Laguna	8.15 „	3.30 „
„ „	Amatitlán	8.38 „	4.13 „
„ „	Palin	9.03 „	4.45 „
„ „	San Fernando	9.35 „	5.23 „
Llega a	Escuintla	10.10 „	5.55 „

ESCUINTLA A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	Escuintla	6.00 a. m.	2.45 p. m.
„ „	San Fernando	6.40 „	3.15 „
„ „	Palin	7.25 „	3.48 „
„ „	Amatitlán	8.10 „	4.13 „
„ „	Laguna	8.45 „	4.36 „
„ „	Morán	9.00 „	4.46 „
Llega a	Guatemala	10.20 „	5.45 „

SAN ANTONIO A RETALHULEU

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	San Antonio	6.00 a. m.
„ „	Palo Gordo	6.25 „
„ „	Mazatenango	7.10 „
„ „	Cuyotenango	7.32 „
„ „	Muluá	7.56 „
„ „	San Sebastián	8.03 „
Llega a	Retalhuleu	8.10 „

RETALHULEU A SAN ANTONIO

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	Retalhuleu	2.30 p. m.
„ „	San Sebastián	2.38 „
„ „	Muluá	2.48 „
„ „	Cuyotenango	3.15 „
„ „	Mazatenango	4.05 „
„ „	Palo Gordo	4.30 „
Llega a	San Antonio	4.50 „

RETALHULEU A CHAMPERICO

SOLO LOS MARTES, JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS

Sale de	Retalhuleu	8.20 a. m.
„ „	Las Cruces	8.51 „
„ „	Caballo Blanco	9.06 „
Llega a	Champerico	10.15 „

CHAMPERICO A RETALHULEU

SOLO LOS MARTES, JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS

Sale de	Champerico	11.30 a. m.
„ „	Caballo Blanco	12.35 p. m.
„ „	Las Cruces	12.50 „
Llega a	Retalhuleu	1.25 „

SAN FELIPE A MULUA

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	San Felipe	7.00 a. m.	1.30 p. m.
„ „	Casa Blanca	7.12 „	1.42 „
„ „	San Andrés	7.25 „	1.55 „
Llega a	Muluá	7.50 „	2.20 „

MULUA A SAN FELIPE

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	Muluá	9.30 a. m.	3.45 p. m.
„ „	San Andrés	10.00 „	4.15 „
„ „	Casa Blanca	10.20 „	4.35 „
Llega a	San Felipe	10.35 „	4.50 „

AYUTLA A OCOS

SOLO LOS MARTES, VIERNES Y DOMINGOS

Sale de	Ayutla	7.10 p. m.
Llega a	Ocós	7.50 „

OCOS A AYUTLA

SOLO LOS MARTES, VIERNES Y DOMINGOS

Sale de	Ocós	5.10 a. m.
Llega a	Ayutla	5.50 „

Itinerario de Trenes en la División del Atlántico que regirá desde el 15 de marzo de 1917.

De Guatemala a Puerto Barrios

Sale de	Guatemala	7.00 a.m.
„ „	Fiscal	7.59 „
„ „	Agua Caliente	8.26 „
„ „	Sanarate	9.37 „
„ „	Estrada C.	10.02 „
„ „	Progreso	10.32 „
„ „	Rancho	11.02 „
„ „	Jícaro	11.25 „
„ „	Cabañas	11.47 „
„ „	Reforma	12.06 p.m.
Llega a	Zacapa	12.41 „
Sale de	Zacapa	1.06 „
„ „	Gualán	2.20 „
„ „	Santa Inés	3.10 „
„ „	Los Amates	3.30 „
„ „	Quiriguá	3.41 „
„ „	Montúfar	4.16 „
„ „	Virginia	4.33 „
„ „	Morales	5.01 „
„ „	Darmouth	5.17 „
„ „	Cayuga	5.34 „
„ „	Tenedores	5.51 „
Llega a	Puerto Barrios	6.40 „

De Puerto Barrios a Guatemala

Sale de	Puerto Barrios	6.40 a.m.
„ „	Tenedores	7.29 „
„ „	Cayuga	7.46 „
„ „	Darmouth	8.05 „
„ „	Morales	8.23 „
„ „	Virginia	8.50 „
„ „	Montúfar	9.06 „
„ „	Quiriguá	9.45 „
„ „	Los Amates	9.55 „
„ „	Santa Inés	10.14 „
„ „	Gualán	11.07 „
Llega a	Zacapa	12.16 p.m.
Sale de	Zacapa	12.41 „
„ „	Reforma	1.15 „
„ „	Cabañas	1.34 „
„ „	Jícaro	1.56 „
„ „	Rancho	2.25 „
„ „	Progreso	2.57 „
„ „	Estrada C.	3.27 „
„ „	Sanarate	3.54 „
„ „	Agua Caliente	5.05 „
„ „	Fiscal	5.37 „
Llega a	Guatemala	6.40 „

De Guatemala a Ciudad Estrada C

Sale Guatemala	Diario	7.05 a. m.
„ „	„	8.30 a. m.
„ „	„	12.01 a. m.
„ „	„	3.00 p. m.
„ „	„	5.55 p. m.

De Ciudad Estrada C., a Guatemala

Sale Estrada C.	Diario	7.22 a.m.
„ „	„	8.47. a.m.
„ „	„	1.25 p.m.
„ „	„	3.17 p.m.
„ „	„	6.12 p.m.

DOMINGOS, EXTRA:

Sale de Guatemala	5.00 p.m.
Sale de Estrada C.	5.17 p.m.

J. H. CLEGG,
Superintendente de Transportes

R. M. LEECH,
Superintendente General.

A. CLARK.
Gerente General.